

**ENSAYOS  
ESCOGIDOS**

Carlos Medinaceli

Medinaceli, Carlos

*Ensayos escogidos*

168p., 12,5 x 18,5 cm.

Ministerio de Culturas y Turismo. La Paz, 2014.

De esta edición:

© Carlos Medinaceli

© Ministerio de Culturas y Turismo, 2013.

Equipo Proyecto “Biblioteca Plurinacional”:

Fernando Barrientos, Alfonso Hinojosa,  
Marco Montellano, Martín Zelaya.

Diseño de portada y diagramación: José Manuel Zuleta

La Paz - Bolivia

Depósito Legal:

# **ENSAYOS ESCOGIDOS**

**Carlos Medinaceli**

# Índice

<b>PRÓLOGO: Mirando el futuro</b>	<b>/ 7</b>
<b>Chaupi p'unchaipi tutayarka</b>	<b>/ 18</b>
<b>La novela nacional</b>	<b>/ 28</b>
<b>Recordando a Ignacio Prudencio Bustillo</b>	<b>/ 40</b>
<b>La extirpación del latifundismo</b>	<b>/ 54</b>
<b>Gamonalismo y reivindicacionismo</b>	<b>/ 63</b>
<b>El civismo de la burguesía</b>	<b>/ 71</b>
<b>Pueblos terrosos, vidas derrotadas</b>	<b>/ 78</b>
<b>La expresión del paisaje en nuestra literatura</b>	<b>/ 90</b>
<b>El sentimiento de la nostalgia y el ananké de la fugacidad en el alma quechua</b>	<b>/ 97</b>
<b>El deber de la inteligencia</b>	<b>/ 111</b>
<b>Mi homenaje a Miss Tarija</b>	<b>/ 115</b>

**Potosí, germen de nuestra nacionalidad / 122**

**Gabriel René Moreno / 127**

**Bolivia vista desde el oriente / 140**

**Cultura y ambiente / 147**

**Formación de ambiente / 151**

**Tradicición y renovación / 154**

**Nuestra generación / 159**

**Con motivo de la muerte de un profesor / 165**

## **Sobre esta edición**

Este volumen contiene los ensayos más representativos de Carlos Medinaceli (1898-1949) con la intención de introducir al lector de esta época a la obra de uno de los intelectuales bolivianos más influyentes de la primera mitad del siglo XX. Se han elegido los textos más distintivos acerca de las preocupaciones que le eran más urgentes a nuestro autor: periodismo cultural, crítica literaria, educación y política. No se incluyen ensayos de mayor extensión como por ejemplo “La reivindicación de la cultura americana” o “Apuntes sobre el arte de la biografía”, esperando que esta muestra invite a explorar sus escritos. Se han tomado textos de *Estudios críticos*; *La inactualidad de Alcides Arguedas y otros escritos biográficos*; *Chaupi p`unchaipi tutayarka* de la editorial Los Amigos del Libro –que publicó las Obras Completas de Medinaceli en los en la década de 1970; hoy casi inhallables– y *Páginas de vida* en la edición de la editorial Potosí (1955).

## PRÓLOGO

### Mirando el futuro

Por Ximena Soruco Sologuren

**E**n sus manos tiene el lector una selección de la obra de Carlos Medinaceli (1898-1949) que me honra prologar. Y quisiera hacerlo abordando no un eje temático o cronológico, sino un tono existencial del autor y también de la sociedad en la que le tocó vivir: el desarraigo.

De inmediato se me reprochará que de quien, entre los escritores bolivianos de su generación, no se puede hablar de desarraigo es precisamente de Medinaceli porque nunca viajó fuera de Bolivia, lo que constituye una faceta más de la pobreza, la estrechez del medio y el olvido en las que nuestro autor vivió y murió.

Pero el desarraigo no sólo llega por el desplazamiento territorial, experimentado por Medinaceli en sus viajes constantes de Sucre o Potosí a las provincias y en su contacto con el pueblo, indios y cholos; sino también por el tiempo que en su movimiento nos exila del propio espacio y nos arroja a la lucha constante

por sufrirlo ajeno y entrañarlo, sin habernos movido de casa.

En uno de los textos más sentidos de Medinaceli que el lector disfrutará en esta compilación, “*El sentimiento de la nostalgia y el ananké de la fugacidad en el alma quechua*”, el autor señala que la nostalgia india, a diferencia de la gallega o la de otros pueblos migrantes, “no reside en el espacio, sino en el tiempo. Es la nostalgia trágica de un pasado ya para siempre irreversible” (95).

Carlos Medinaceli -y su sociedad- está atravesado por la dislocación acelerada de dos mundos: el mundo quechua y el de la más antigua aristocracia colonial, aquella asentada en Sucre, causada por la articulación de la economía boliviana al mercado mundial capitalista, vía exportación de materias primas (plata, estaño, quina, goma), desde la segunda mitad del siglo XIX.

Estos trastornos son profundamente contradictorios, aunque comparten el contexto colonial: el mundo criollo que había usufructuado del mundo indio desde la conquista y alrededor del centro político y administrativo de Charcas, al mismo tiempo que lo despreciaba profundamente. Y el mundo indio que de la explotación colonial, de la mita y la hacienda, y del

medio siglo de desorden social, político y económico debido a las guerras independentistas y la creación de la república, pasaba a una explotación capitalista organizada y por tanto intensa, aunque inestable en el tiempo: el trabajo asalariado en la mina, la migración campo-ciudad y el constante ensanchamiento y fortalecimiento de un estrato mestizo que aunque culturalmente indio se afirmaba en la explotación y negación de su origen.

Creo, sin embargo, que Carlos Medinaceli no se deja sumergir en la nostalgia del desarraigo del presente frente al pasado, ni en la del mundo indígena ni en la de la vieja aristocracia chuquisaqueña, desplazada primero por los nuevos ricos de la plata, Arce, Pacheco y Aramayo y luego por los mineros del estaño y la naciente élite paceña que en la guerra civil de 1899 arrebató a Sucre la centralidad de 350 años.

Medinaceli no se queda estancado en la mirada de un pasado que se añora o deplora y que está dejando de ser, sino que combate este desgarramiento del tiempo, del cambio de la sociedad con la labor creativa: la afirmación de la energía de la tierra, de una nueva y vigorosa cultura popular -la chola-, la recuperación de los escritores bolivianos del polvo del olvido y del anquilosamiento de la élite criolla. Por eso Adolfo, el protagonista autobiográfico de *La Chaskañawi*, es un “tipo del pasado -fin de raza- sin

porvenir” (citado en Baptista, 2012: 167) que se agarra a las polleras de la chola para transitar hacia la nueva sociedad que está emergiendo:

“Adolfo necesitaba una mujer así, que lo maneje y domine y tenga la fuerza que ella tiene para impedirle que se dé por completo a la bebida (...) Porque el Adolfo es como una guagua, sin voluntad, sin carácter, inútil para la vida. Él necesitaba una mujer como la Claudina, que lo envuelva, que lo *waltte* (envuelva en pañales como niño) porque él es de esos hombres que no pueden vivir de otro modo si no es abrigados bajo las polleras de la chola” (1967: 222).

Veamos estas profundas transformaciones de la sociedad boliviana en la historia de la familia de nuestro autor, que configura el locus, el lugar de la experiencia, desde donde piensa su mundo y su época. Seguimos a Mariano Baptista Gumucio en *Atrévámonos a ser bolivianos. Vida y epistolario de Carlos Medinaceli* en este recorrido.

Agustín de Medinaceli y de la Zerda, ingeniero español especializado en minas, llega a Charcas en 1785, “encargado por la Corona para hacer *prospecciones* primero en la provincia de Mizque, Cochabamba, y luego en la cordillera de Chichas” (2012: 21). Cuando

progresa como minero de la plata, deja la burocracia y se asienta en un amplio latifundio en Cotagaita. Su primogénito, Carlos Medinaceli, criollo ya, estudia en España y a su regreso se alista en el ejército realista, “convirtiéndose en uno de los lugartenientes más distinguidos de Pedro Antonio de Olañeta” (22), hasta que atraído por las fuerzas independentistas, vence en la batalla de Tumusla que “representó el vuelco definitivo de la situación [independentista] y abrió el camino para la autonomía del Alto Perú” (28).

El primogénito de Carlos, Gabino de Medinaceli y Leaño nace en 1815, su hijo Zacarías de Medinaceli y Ferreira pelea en la guerra del Pacífico y muere en la batalla del Alto de la Alianza, su hijo legítimo Francisco Medinaceli y Villegas es padre de nuestro autor y muere “en 1945 en la casa de hacienda que construyera su tatarabuelo antes del nacimiento de la República” (23). Son entonces seis generaciones que entre 1785 y 1949 marcan el apogeo y la decadencia no sólo de la familia Medinaceli sino de la primera élite republicana, que ya sea reclamando su origen español y su participación en la independencia o las guerras limítrofes enarbola la paternidad nacional.

La reapertura de la economía boliviana al mercado mundial, que había sido paralizada durante la primera mitad de siglo XIX, trastoca este estrato social que si

no logra vincularse a la nueva burguesía que controla mina, barraca, hacienda y Estado, empobrece como la familia Medinaceli. Estos nuevos ricos en cambio aspiran cubrirse de blasones nobiliarios y reproducen con mayor rigor la explotación y el desprecio al mundo indígena, aunque el nuevo signo de la época sea el dinero.

Medinaceli vive el desarraigo de la antigua familia colonial en esta nueva sociedad y ello también representa una tendencia nacional: Sucre, asiento del poder colonial en estas tierras, se hace marginal en la Bolivia del siglo XX. El siguiente es un pasaje extenso de su novela *Adela*, donde la casa solariega alegoriza la estirpe, y su derrumbamiento, el desarraigo que señalamos:

“En esta casa están las raíces de mi casta y de mi hogar. Esta casa ha venido legándose de generación a generación desde un luengo pasado memorable; desde las tatarabuelas. La casa, empero, está ahora tan desmantelada y ruinosa, que los muros amenazan derrumbarse, las vigas y cumbreras de techos están apolilladas, en los montantes han hecho su nido los khellunchus. Todo da sensación de decaimiento, pobreza y abandono.

Miro los muros de la patria mía,  
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados.

Cómo el tiempo pasa; cómo nos cambia... Qué dichoso, qué feliz; con qué ánimo fuerte y claro llegaba, antes, a esta mi casa...

A nada le encuentro sabor ahora... esta es mi casa; lo sé bien. Es mi casa por la sangre y el espíritu, por la estirpe y la raza. Si algún día, vencido y viejo, quiera tranquilo reposar en hogareña gleba, he de tornar a este soledoso rincón del campo, refugio último, que porque fue el primero, no repudia ni abandona jamás. Las piedras tienen vida como los hombres... Esta casa vieja, de piedra, tan arrugada, lacrimosa, debe tener corazón de madre...”  
(citado en Baptista, 32-33).

Lo fascinante de Medinaceli no es su pertenencia a una élite estamental en desintegración, sino que pese a eso sea un progresista que ve con lucidez, aunque no haya hablado de socialismo y revolución como Gustavo Navarro (Tristan Marof) de la misma ciudad y generación, o los intelectuales socialistas y nacionalistas posteriores, que el problema fundamental de Bolivia pasa por el latifundio y la explotación hacia el indígena por parte de una élite decadente y occidentalizada, fuera de tiempo.

Medinaceli no es solamente el primer intelectual boliviano que afirma con vigor el mundo cholo de las ciudades como fuente de la nueva sociedad y de la nacionalidad, mientras los escritores de la generación previa, Tamayo, Arguedas, Chirveches, Enrique Finot y la sociedad liberal condenaban el encholamiento de su tiempo (Soruco 2012), sino que también respira un conocimiento y sensibilidad de su tierra, de la provincia y su gente, quizá sólo comparable a la del también chuquisaqueño Jaime Mendoza a quien admira, y que le permite estar a salvo del colonialismo intelectual, afrancesado con los liberales, alemán con Tamayo y ruso con los socialistas y comunistas y aunque local, empobrecido en consigna con los nacionalistas, sin dejar de tener un amplio bagaje letrado que sus análisis respiran.

Entre los caminos polvorientos que van de la casa solariega derruida a la plaza, el mercado y la chichería de los pueblos del sur pasa su vida, forjando con la letra un espacio de reconocimiento para la nueva sociedad. Carlos Medinaceli es un intelectual vigoroso porque bebe de la energía de la tierra, que es la sensibilidad a la piel popular que emergía y que protagonizará la revolución de 1952, la recuperación democrática y el proceso de cambio actual. Esta condición sin embargo agudizó la conciencia de su desarraigo, que quizá es materia prima de toda reflexión metódica:

“El escritor, el intelectual auténtico, vive siempre en desacuerdo, en abierta contradicción o en flagrante beligerancia con su ambiente y su tiempo. Es siempre un incomprendido, no puede comunicarse con los demás: les es extraño. Por eso, si alguien siente, en su inconmensurable soledad, la cósmica soledad del yo, es el intelectual. La soledad de las alturas. La gélida soledad del páramo espiritual, donde, para vivir, se requiere ser -como pensaba Nietzsche-, o un dios o una bestia.”

Su convencimiento de la importancia de la letra y su educación, despreciada en nuestro medio por una sociedad tradicional en el ocaso y una nueva aún en formación, lo llevó a ser crítico literario como una batalla contra el olvido de pensadores sobre quienes escribía sus ensayos dispersos y quienes le permitían elaborar sus propios planteamientos. Paradójicamente su cruzada no pudo salvarlo, en su tiempo sufrió la precariedad y el olvido de una sociedad indiferente a la reflexión y con ella a la conciencia de sí, aunque esta ingratitud va siendo enmendada.

En un ensayo que da título a una selección póstuma de sus escritos, *Chaupi P'unchaipi tutayarka (A medio día anocheció)* e incluida en la presente edición, el autor

analiza las condiciones de desaliento sistemático que pareciera institucionalizado (hasta ahora) en las universidades, gobiernos, la esfera pública y la poca lectura de la población que hacen naufragar temprano vocaciones intelectuales:

“La juventud boliviana no llega al libro: revienta en un discurso, alumbra en un verso, promete mucho... Luego encalla en un empleo, y se burocratiza: o se casa y se domestica; o se da a la política y se enchola, o a la bebida, y se degenera; o muere en edad temprana, o termina con un pistoletazo (18)”.

Medinaceli aquí también invocó su destino, su gran talento no vio el cenit, la falta de apoyo institucional, la pobreza, la amargura y la muerte se lo llevaron antes de tiempo. Y sin embargo nos dejó tanto.

Las generaciones actuales tenemos el deber del desagravio con Carlos Medinaceli y con los creadores que aún hoy bregan contra un medio que si no es abiertamente hostil a la institucionalización del trabajador del pensamiento es indiferente a su contribución. Y la sociedad toda pierde porque seguimos permitiendo que anochezca a mediodía.

La Paz, 12 de agosto de 2013

## **Bibliografía**

Baptista Gumucio, Mariano. *Atrevámonos a ser bolivianos. Vida y epistolario de Carlos Medinaceli*. Plural, La Paz, 2012 [1974].

Medinaceli, Carlos. *La inactualidad de Alcides Arguedas y otros estudios biográficos*. Los amigos del libro. Cochabamba, 1972.

Medinaceli, Carlos. *Chaupi P'unckhaipi tutayarka. A medio día anocheció. Literatura y otros temas*. Los amigos del libro. Cochabamba, 1978.

Medinaceli, Carlos. *La Chaskañawi. Novela de costumbres bolivianas*. Juventud. La Paz, 1967 [1947].

Soruco, Ximena. *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia, siglos XIX y XX*. PIEB-IFEA. La Paz, 2012.

## Chaupi p'unchaipi tutayarka

### I

**E**l doctor Jaime Mendoza ha tenido la excelente idea, que es una feliz intuición, de publicar un artículo con el título en quechua. Hay frases, proverbios, modismos, en este idioma, que definen tan bien ciertos matices tan típicos de nuestra psicología, que son insustituibles.

Eso pasa con *Chaupi p'unchaipi tutayarka*: a medio día anocheció.

Hay que conocer el quechua, haber penetrado en la intimidad de su sentido -todo idioma esconde lo propio y profundamente intransferible de la psicología de una raza, de su “pulso vital”-, para comprender que ese decir tiene un dejo de fatalismo atroz.

Es la expresión de la vida decadente, de la voluntad de derrota, que es uno de los caracteres más patentes del quechua, raza vencida.

Pero el doctor Mendoza -en esta ocasión-, no ha captado la profundidad dolorosa de la frase. Precisamente, al referirse a la labor de su hermano Germán -hombre que prometía mucho y ha dado poco-, se le ofrecía una magnífica ocasión para destacar este matiz de la vida boliviana y no, como lo ha hecho, aludir al “murciélago de la medianoche”, a propósito de la incompreensión bullanguera de los universitarios.

Por lo que va a leerse, es este el sentido propio, boliviano, que se debe dar a la frase. Ella, mejor que muchas otras -fractura síquica, quedarse a medio camino-, define un carácter saliente de la vida nacional, donde casi todas las cosas quedan a medio hacerse y el destino de los hombres no llega a realizarse plenamente, jamás.

### II

Si prescindimos de lo que, en la actividad literaria, ha ocurrido en las generaciones pasadas, para sólo detenernos en las modernas, desde hace unos 30 años forzosamente tenemos que llegar a la conclusión de que todas ellas han fracasado como generación, y, dentro de ellas, individualmente, han fracasado muchos, la mayoría.

No han dado lo que se esperaba de ellos. Hay excepciones. Es obvio. Don Leopoldo Alas, (“Clarín”) solía decir: “La juventud española estalla en un libro y encalla en un empleo”. La juventud boliviana no llega al libro: revienta en un discurso, alumbrada en un verso, promete mucho... Luego encalla en un empleo, y se burocratiza: o se casa, y se domestica; o se da a la política, y se enchola, o a la bebida, y se degenera; o muere en edad temprana, o termina con un pistoletazo.

El fenómeno ¿obedece, psicológicamente -como se ha pensado del ingenio español-, a que carecemos del sentido de la continuación, del *esprit de suite*, y sólo podemos producir obras fragmentarias, y, apenas traspuestos los 30 años, ya -cerebralmente-, estamos agotados y no podemos ir más allá? ¿O el hecho es imputable a causas externas, a circunstancias del medio ambiente social, que no brinda a los trabajadores de la inteligencia aquel concurso de factores favorables a su desarrollo amplio y óptima expansión?

¿Son los mismos hombres, de raza inferior, de mentalidad incapaz de rendir un trabajo continuado, de voluntad quebradiza, que caen vencidos por su propia cuenta, o son las condiciones peculiares del altiplano las que oscurecen aquellas promesas brillantes, en el momento mismo en que con más luz lucían? Resuélvase en una forma u otra o explíquese

por el influjo aunado de ambos, lo cierto es que el “hecho”, en sí, es éste:

*(Nota previa: estudiamos de preferencia la generación chuquisaqueña a que nos referimos tanto porque ella ofrece una demostración más relevante de la tesis, como por ser la que con más intimidad conocemos aparte de la potosina del 18 de la que me ocuparé en otra oportunidad. Lo mismo que de los demás departamentos).*

### III

Claudio Peñaranda, en el prólogo de su *Cancionero vivido*, escribe estas palabras verdaderas: “Publico este libro porque se lo debía a mi generación, que está siendo aventada por el huracán del infortunio, por campos de aniquilamiento y de muerte”.

Aquella generación fue una de las mejores de la república. Contó con talentos de enjundia como Jorge Mendieta y Osvaldo Molina, con finas sensibilidades como Claudio Peñaranda y Arana, con recios temperamentos como Rodolfo Solares Arroyo.

Pero, ¿qué ha sucedido con esa generación que pudo haber levantado a Sucre de la postración en que ahora agoniza? Veamos.

Jorge Mendieta, allá por 1898, cuando Daniel Sánchez Bustamante editaba en Sucre *La revista de Bolivia*, era una brillante promesa de poeta. Publicó, adhiriéndose al modernismo, algunas poesías, como “Líricas” y “Rubia”, que han recogido las antologías. Después, se entregó, en *La mañana*, a la tarea del periodista -esta máquina infernal, succionadora de talento, aplebeyadora del estilo-. Luego, fue profesor. Otra forma del pongueaje intelectual, en Bolivia. Se dio a la bohemia. Fue escaseando su producción literaria. Alguna vez, la antigua deidad, le hablaba al oído. Entonces daba un fruto amargo y bello donde se expansionaba su alma ya madura de desengaño romántico. Tal las mussetianas *Mis noches*. Después se asilo en la mansueta poltronería de la Biblioteca Nacional. La muerte le sorprendió entre las delicuescencias de una bohemia que ya poco tenía de lírica y sí mucho de demasiado humana. Murió dejando apenas tres o cuatro versos brillantes. *Chaupi p'unchaipi tutayarka*.

Oswaldo Molina era uno de esos talentos que si hubiera hecho “obra”, habría sido el mejor humorista de Bolivia, ocupando entre nosotros el rango que en Argentina enseño don Eduardo Wilde. Todo, la vivacidad del ingenio, aquella doble mirada para sorprender, a golpe de vista, en la mayor solemnidad, la

faz ridícula de las cosas, le favorecía para que hubiese llegado a ser el Sterne o el Fígaro de nuestras letras. Por otra parte, todo -talento, cuna, prestancia- le señalaba el camino del triunfo.

Pero Oswaldo Molina, antes de tomar a lo serio la aptitud para realizar una obra sólida, con amor y a conciencia, apuntando hacia lo grande, fue derrochando su talento en las cosas chicas de una sociedad enclaustrada dentro de las murallas chinas de un colonialismo anacrónico. El oro de su talento fue esparciéndolo en corrillos de amigos, en hablillas de salón, en volanderos *skeatchs* que se los llevaba el efímero viento de las gacetas, hasta llegar, al final, a menospreciar sus preciosas prosas, como “simples aficiones de juventud”. Mató en germen al cuentista de sonriente levedad francesa y fino humorismo que había en él.

Ahora -según él mismo confesara a Bedregal-, “el ave de la inspiración ya no se detiene en los aleros de su jardín”.

Destino doloroso de los humoristas. Escépticos del mundo, llegan a serlo de sí mismos, concluyen, como Cervantes, escarneciendo su propio ideal, o riéndose, como Heine, de sus propios dolores, como esa escalofriante “risa de las lágrimas” que el genio

de Hugo puso en la máscara alegre de su doloroso Gimpleine.

Así, Osvaldo Molina. Para todas las penas de su vida ha tenido una frase sonriente. Pero se ha quedado en la frase. No ha hecho la “obra” medular que esperaban de él todos cuantos -hace 20 años- admiraron su “irresistible gracia rabelesiana” que dijera Sánchez Bustamante. *¿Chaupi p’unchaipi tutayasianchu?*

Claudio Peñaranda ya era famoso a los 18 años. Don Ricardo Palma, patriarca de las letras continentales, armólo caballero andante de las letras con el señorial espaldarazo de llamarlo “poeta niño” en consagratorio aplauso. Fue el poeta, en su florida juventud, admirado de los adolescentes, amado de las mujeres, respetado de los hombres, aplaudido de los ancianos. Su primer libro, *Líricas*, afirmó su valor. Sus versos comenzaron a transcribirse en revistas extranjeras. Era el futuro Rubén Darío de Bolivia.

Pero -caña jugosa-, cayó en el trapiche del diarismo ruin, politiquero, canalla y encanallecedor de un pueblo chico, y polémicas por aquí, reyertas por allá y vulgaridad por todas partes, obscurecieron el claro cielo de su alma radiante de surense sentimental y lírico y, una noche malhadada, ya casi muerta su alma de “poeta niño” y más que nunca exacerbados

sus dolores de hombre, la muerte le sorprendió, metido hasta el cuello en las turbias trincheras del periodismo, con la pluma en las manos. Murió en su ley, como un valiente. *Chaupi p’unchaipi tutayarka.*

¿Quién recuerda hoy a Rodolfo Solares Arroyo, el popular y byronesco “Teja” del alias amical? Su vida, como la de los mejores románticos, fue ardorosa y tormentosa. Como un hijo mimado de las hadas, también lo tuvo todo: prócera y gallarda figura, donjuanesca sonrisa, claramente, y sobre todo, hombría rayana en la temeridad.

Periodista de certero atisbo sociológico, fue mucho más que eso, en su estudio neuropatológico del “medio social surense” y en *Chuquisaca se muere*, el hombre que con lúcida visión de la realidad y con el másculo valor para decirla, pudo haber sido, a poco andar y conservarse en la altura de esos ensayos, el Costa o Gonzáles Prada boliviano.

¿Qué le ocurrió? Fue un rebelde contra la vida. Uno de aquellos que antes de soportar la ruindad de lo cotidiano, prefieren clavarse un tiro en la sien. Así lo hizo con una serenidad que sería espartana o romana, si no fuera una de las más bizarras expresiones del asco a la chatura cominera de esta vida de pueblo oxidado de prejuicios donde todo lo superior se desprecia, y todo lo grande se achica.

Antes de ser una de las más altas condensaciones de la grandehombría boliviana, murió suicida. Rodolfo Solares Arroyo, cuando más esperaban de él las ciencias, las letras y la civilidad: *chaupi p'unchaipi tutayarka*.

Ignacio Prudencio Bustillo fue uno de aquellos niños precoces que nacen condenados a no vivir sino de la “dolorosa maldición del pensamiento” y a morir consumidos en el ardor de su propia llama. Fue un talento consagrado aun antes de haber producido. Fue un anciano antes de haber vivido. El pensamiento le volvió serio, le descubrió el fondo vacío de las cosas y la “infinita vanidad de todo”. No conoció las espontáneas explosiones de alegría de una vitalidad desbordante de una niñez robusta, ni el placer iconoclasta y el ímpetu revoltoso de la primera juventud, sino que, en plena juventud, en vez de cantar al amor y la esperanza, se preocupó del problema del conocimiento, torturándose en su jardín interior con el brumoso conflicto del *to be or not to be*, como el melancólico príncipe del castillo de Elsinor...

Pero vencidos los 30 años, ya lejos de los libros, lejos de la ciudad, en plena campiña cinteña o en la sonriente y luminosa Tarija, llegó a comprender -con Guyau-, en cuanto supera la vida y la naturaleza y el arte y a la ciencia, para poner en ellos la mayor cantidad

de vida y paisaje, y, entonces, escribe *Junto a la bodega* y *Visiones de Tarija* con un admirable sentido griego de la existencia. Aquellas prosas radiantes de sol y verdegueantes de campiña, con dulzura de amanecer y frescura de césped, están llenas de salud, de euforia, de vigor y fuerza. Son un himno a la vida,

Pero habían sido el canto del cisne. *Chaupi p'unchaipi tutayarka*.

#### IV

Balance doloroso. Quiebra de toda una generación. La bancarrota de la vida boliviana reflejándose en sus mejores hijos. Tengo miedo de continuar analizando, porque a nosotros también -compañeros de la generación del dieciocho- parece que nos aguarda la fatídica sentencia: *Lasciate ogni speranza, voi chentrate*. Aquí, se truncó una esperanza.

## La novela nacional

**P**orfirio Díaz Machicao, inteligente escritor de la nueva generación, acaba de dar en Oruro, una interesante conferencia acerca de la novela *Juan de la Rosa*, de don Nataniel Aguirre, que deseo comentarla, o, más propiamente, tomando pie de ella, formular algunas consideraciones generales sobre las características más salientes de la “novela nacional”.

“El estudio de la novela en Bolivia -nos dice Díaz Machicao- es de una complejidad que no ha imaginado aún nadie con verdadero espíritu de justicia”. Ello es cierto, pero no porque las novelas en sí sean difíciles de estudiar y reducir a una valoración precisa, ya que por su escaso número -no llegan a una veintena- y por la improvisación con que han sido escritas, suscitaran arduos problemas de arte, sino porque aún habiéndose limitado a la simple presentación de “hechos” sociales, fiel copia de la realidad nacional, ella es, de suyo, tan engorrosa, que a cada momento nos ofrece problemas de raza, de institucionalidad, de

psicología colectiva e individual, etc. Debe de ser en este sentido que el conferenciante ha formulado ese juicio.

En suma, para decirlo clara y rotundamente, nuestras novelas valen no como “obras de arte en sí”, como “creación”, sino, como expresión de un muy típico estado social nuestro. Nuestros novelistas, aun sin proponérselo, con la mera presentación impersonal y objetiva de los hechos, reflejan y brindan al hombre de estudio un riquísimo material para deducciones de otra índole, no sobre el arte, sino sobre la vida nacional. Valen como documentos para estudiar la sociología boliviana, no como novelas, para la dosis de belleza o deleite espiritual que contuvieran.

Propiamente no podemos decir aún que contemos con una *novela nacional*, expresión genuina e insustituible del *genius loci* boliviano, representativa de nuestro espíritu, tal como es, por ejemplo, el Quijote para España, o el Robinson para Inglaterra. Y esto se explica muy fácilmente, porque este género -la novela- corresponde a una nación que ya ha llegado a una época de la madurez o el otoño de su cultura y está ya “civilizada”, es decir, que la ciudad ha vencido al campo, el hombre a la naturaleza. Sabido es que cada uno de los géneros literarios corresponde a un determinado periodo de evolución social y que en la

vida de los pueblos -como en la evolución psíquica de los individuos- se comienza por la fantasía y el canto, el ensueño y el sentimiento, que se expresan en la lírica y la épica, y que sólo después de un largo proceso evolutivo se llega a la reflexión y el análisis, que se expresan en la novela y la filosofía, de la misma manera que el hombre, en sus diversas etapas, es en adolescente soñador y sentimental y en adulto razonador y analítico.

La literatura refleja siempre los estados de ánimo colectivos por medio de individualidades representativas, primero épica y lírica, leyenda guerrera o canto de amor, que corresponde al estado social o momento histórico del pueblo, que es guerrero y caudillista, imaginativo y sentimental. Sólo después de una larga evolución, cuando está ingresando a su madurez de otoño, se torna reflexión y análisis, valoración de sí propio y rebusca del propio Yo, anhelo de llegar a la plena conciencia. A esta etapa corresponde, dentro de la evolución del arte de una nación, la novela que es expresión siempre, de una intensa vida espiritual y de una época en que el hombre vive ya dentro de la urbe, con una máxima tensión espiritual, sea su vida extrovertida o introvertida.

En Bolivia estamos atravesando el primer estadio de la evolución social: estamos aún en la infancia, o, cuando más, en la adolescencia. La prueba de ello

es que nuestra vida es netamente pasional. Obramos por impulsos bruscos, indiscriminados, irreflexivos, estimulados por una fuerza instintiva que no es la dirección de la voluntad consciente, sino el arrojado calentamiento de la fuerza de la sangre. Por eso, tanto en religión como en política, en arte como en comercio, seguimos obrando pasionalmente, sin reflexión ni análisis. Nos apasionamos lo mismo por un santo que por un caudillo, por un autor favorito al cual admiramos e imitamos sin beneficio de inventario o nos damos a una industria por amor a ella, no por mercantilismo. De ahí que el boliviano, metido a industrial o comerciante en grande escala, fracasa siempre. Es que no tiene un cerebro lo suficientemente desarrollado para moverse dentro de complejas concepciones abstractas: la nuestra es una mentalidad de niño que percibe con claridad y profundidad lo próximo, lo concreto, lo hechos pero no su sentido trascendente.

Vivimos una existencia pseudomorfótica: las formas externas de nuestra vida son europeas pero el contenido *esencial* con que llenamos esas formas es indígena. Ahí está el conflicto de nuestra vida como nación: vivimos en una época que corresponde a la alta cultura occidental, con un cerebro muy inferior a la época. Ello es tan absurdo y perjudicial para nosotros, como si a un niño, que debería estar deleitándose con

los cuentos de hadas o la poesía idílico sentimental de *Pablo y Virginia* o *Grazziela* se le obligara estudiar el *Discurso del método* de Descartes o a atormentarse la cabeza tratando de resolver arduos problemas de física-matemática. Me refiero, naturalmente, al término medio de la mentalidad colectiva, no a las excepciones privilegiadas que se deleitan con la *Séptima sinfonía* beethoveniana o a los que leen a Proust y James Joyce.

Díaz Machicao observa: “Mayor profusión de poetas que de novelistas ha proporcionado Bolivia a nuestra cultura.” Constata un hecho. La causa es la indicada.

Volviendo a la novela, no resulta una paradoja afirmar que, propiamente, no contamos con una sola que merezca tal nombre, en el rigor del género: se trata en algunas, de poesía épica, con sus aspectos de leyenda y de historia, como en el caso de *Juan de la Rosa* de Nataniel Aguirre o *La Isla* de Manuel María Caballero. De esta última, la primera que se escribió como “novela” en Bolivia, acaba de expresar este juicio exacto Max Daireaux, en *Panorama de la literatura hispanoamericana*; “*De meme, en Bolivie, Manuel María Caballero, autor de ‘Le isle’, qui connut un moment une célébrité comparable a celle de ‘María’, mais que, bien plus que un Román est un tableau de meurs d’actualité*”; en otras de poesía lírica, sentimental y declamatoria: como *Días amargos* de Santiago

Vaca Guzmán, o, simplemente descriptiva y casi folletinesca, como en *Sin esperanza* del mismo, y las mismas novelas naturalistas y realistas de los últimos años, aunque con la técnica de esas escuelas, algunas de ellas, como las de Arguedas, resultan otra cosa: así, la celebrada *Raza de bronce*, es, en realidad, una égloga, y la no menos famosa *En las tierras de Potosí* de Jaime Mendoza, una serie de “cuadros de costumbres”, vistos con un admirable objetivismo, pero en donde la vida interior de los protagonistas es completamente pobre y a la cual le falta esa armónica correlación de partes que se requiere para que sea “una novela”. Este es un organismo donde todos los episodios, aunque cumpliendo, al parecer, diversas funciones, contribuyen todos a la unidad de vida del conjunto. Eso es lo que falta a nuestras novelas, como técnica. El novelista crea de dentro para afuera: lo esencial es que tenga el *sentido interno* de la vida de sus héroes, que esté en el secreto de sus almas: los acontecimientos exteriores de la vida práctica no son más que consecuencias de lo interno, del espíritu. Pero es por ahí por donde fallan nuestros novelistas: son muy hábiles para pintarnos la parte exterior, objetiva, los hechos, de los hombres, del ambiente social, de los paisajes, de todo lo que constituye la tramoya de la novela, pero se quedan ahí, no penetran en el alma de sus protagonistas, como si se tratase de

autómatas que no obedecen a más determinismo que a los estímulos físicos.

Es que los novelistas no pueden crear más de lo que su mismo medio les da: la vida espiritual del hombre medio entre nosotros, es completamente pobre, de una arenosidad tan desolada como el yermo del altiplano y lo único que sabe es reaccionar sentimentalmente, lo que confirma la observación a que nos referíamos: el estado de adolescencia social y psíquica por el que atravesamos.

Otro aspecto de nuestra novelística que ya observó Arturo Oblitas y que importa reproducirlo, porque es la manifestación patente de nuestra rudimentaria vida social, o, más propiamente, de que aún no hemos salido de la precultura, que refleja flagrantemente nuestra novela, es el “hecho de la abundancia concebida a la naturaleza, en mengua de la actuación del hombre”. “Lo primero que se nota al leer cualquier composición literaria de América, y singularmente de Bolivia -escribía Oblitas en el prólogo a la *Antología de escritores bolivianos*, de Fermín Rejas-, es derroche de colores, abigarrada pintura de lugares, al mismo tiempo que pobreza de tipos, falta de vida, vacío de observaciones psicológico-sociales, siendo precisamente eso, que aquí es merma o hueco, lo que constituye el mérito de la novela moderna.” “Confirma nuestra opinión -agrega-

*María*, del colombiano Jorge Isaacs. Es una lágrima caída en una mar de palabras. Y se explica si se tiene en cuenta las influencias desiguales de las solemnes bellezas de los paisajes americanos, por una parte, y, por otra, de la quietud y sosiego de sus poblaciones, las más, todavía, en ese primer periodo patriarcal de formación; todo a la inversa de lo que ocurre en Europa, donde la vida, por su natural desarrollo excede en fecundidad inspiradora a la naturaleza, totalmente sojuzgada por el elemento social”.

Por ello, se da el caso curioso de que, en nuestras novelas, el personaje central, el protagonista o héroe, no es el hombre, sino la naturaleza. El héroe de *En las tierras de Potosí*, no es aquel memo o amorfo de Martín Martínez, hombre sin personalidad, sin carácter, víctima de los acontecimientos, sino el “Viento” que se desata formidable en las llanuras de Llallagua, el “Viento” que, cuando Martín está caminado por la pampa, lo azota como a un niño, se le entra por todos los resquicios de su cuerpo, lo zarandea a su gusto, hasta que, por fin, concluye por derribarlo de la miserable bestia que cabalga, como a un guiñapo humano. La sensación que perdura del romance es la del viento, la serranía y la mina. Lo mismo pasa en *Páginas bárbaras*, del mismo Mendoza. El personaje allí es la selva y relevantemente aquel árbol fabuloso de la siringa, que

lo llena todo, y ante el cual el hombre no es más que un pobre esclavo. Como en *Raza de bronce*, los miserables *sunichos* -apodo de los indios del lago Titicaca- son apenas unos puntos imperceptibles en la inmensidad de la altipampa y se ven anonadados ante el desborde de los ríos del valle y se quedan chiquitos -orugas humanas-, ante la majestuosa excelsitud y aplastante grandeza del Illimani.

En todas esas novelas -y en las demás- es siempre la naturaleza la que nos sugestionada y da interés y movilidad a la narración, mientras el hombre, de vida espiritual pobrísima, no tiene nada para entusiasmarnos: lo compadecemos por sus sufrimientos, como podríamos compadecernos de una bestia herida -como al leer *La mort du loup*, de Vigny-, no vamos más allá. No llegamos a entrar dentro del “mundo” de un alma.

Y es que en Bolivia, la vida del hombre es mucho más intensa ante los fenómenos de la naturaleza, que ante los problemas de la cultura. El hombre siente, a cada rato, el influjo de lo cósmico, que lo rodea y cerca por todas partes, y, algunas veces, lo delita, pero en la mayoría de los casos, lo abruma, vence y aplasta. Somos un pueblo de montañas muy grandes, con hombres espiritualmente pequeños.

Y -repito- sin vida espiritual intensa, en que se llegue a la máxima tensión, ya sea ante los conflictos del mundo psíquico o del mundo externo, lucha de pasiones o intereses, no es posible hacer “novela”, porque no hay dónde ejercitar el análisis, ni dar interés creciente, complejización cada vez más sugestiva a la trama. Las obras se quedan en épica, en lírica, en costumbrismo o descriptivismo, pero resultan un género pseudomorfótico, materia que se expresa en la forma que no le es propia.

Pero este tema -para darle razón a Díaz Machicao- es tan complejo, que no es posible agotarlo en un rápido comentario. La lectura de nuestras novelas nos proporciona otras muchas observaciones interesantes, que nos llevan a muy útiles inducciones para una más clara y profunda *concientización* de nuestra vida y de nuestra mentalidad, tal como el hecho de que, en cuanto a desarrollo cerebral y capacidad sostenida de trabajo, el nuestro, el boliviano, se encuentra aún en el periodo rudimentario, pues es apto para la improvisación o estalla en una chispa de ingenio -y por eso, los géneros más cultivados han sido aquellos que no demandan una extensa labor como la poesía lírica, el epigrama o el discurso-, pero es incapaz del esfuerzo continuado y la atención sostenida a la misma altura a lo largo de una novela de 300 páginas. Muchos de nuestros novelistas,

con todo de ser tenaces para la ardua tarea, como Jaime Mendoza, dan por concluida su “novela” cuando estaba comenzando a serlo, propiamente, como en *Los malos pensamientos*, o, al final, ella decae lamentablemente y acaba de cualquier manera.

Otro hecho, revelador de que en Bolivia no se vive con vida nacional, es que todas nuestras novelas son *regionales* o circunscritas a una clase social determinada. No hay ninguna de ellas que hubiese pintado un tipo o un “carácter” que sea viable en todos los puntos del territorio, lo mismo en el norte como en el sur, en el oriente que en el occidente. Y es que el tipo del boliviano aún no existe. Todas ellas pueden consignar lo que a la suya puso Demetrio Canelas: “*fragmentos de la vida nacional*”. Es que la vida nacional es fragmentaria. Tal vez el único rasgo que las unifica a todas, que les imprime “carácter nacional” -y ello es muy digno de notarse- es el *derrotismo* de la novela boliviana: todos los héroes de ella son hombres vencidos, voluntades fluctuantes, almas rotas y con una agudización morbosa para sumirse en la desesperación del dolor del fracasado. Todos ellos también podrían hacer suya esta exclamación de *Los eternos vagabundos*, de Roberto Leytón -novela aún inédita, donde pinta el horror de la vida minera en los socavones del Chorolque-: “Maldita la hora en que nací en esta tierra

desgraciada.” Y es que, si fuéramos a ser sinceros, eso es lo que, en el fondo, sentimos todos los bolivianos: dolor de ser bolivianos. Este sería el único rasgo de carácter boliviano.

Ya se va viendo la importancia de las inducciones, verificaciones y descubrimientos a que nos conduciría un estudio riguroso de la novela nacional. Este género, es el de mayor porvenir en Bolivia, tanto porque acaso es el único que puede tolerar el espíritu del siglo -la poesía está hoy en una irremediable decadencia y el teatro no puede hacer competencia al cine-, como porque la novela, que es de una amplitud infinita donde cabe todo como un orbe, ha de seguir siendo, cada vez más, un espejo que vaya reflejando cada vez con mayor luz y exactitud la conciencia nacional que es lo que ante todo importa.

## Recordando a Ignacio Prudencio Bustillo

Cuando por los meses de marzo o abril de 1928, Ignacio Prudencio Bustillo daba la última mano a *La vida y la obra de Aniceto Arce*, y escribía aquel capítulo final “Últimos días” en que con una emoción tan contenida y difuminada melancolía, como en un cuadro de Durero, pinta los últimos momentos, en Trispaya, del patricio boliviano, Prudencio no sabía aún que él también estaba ya en poder de esa mujer pálida y enlutada que visitara a Mozart y le pidiera componer una marcha fúnebre... ¡La marcha fúnebre que se tocó en el entierro de Mozart!

¡Hay coincidencias tan extrañas! Prudencio, al describir la viril serenidad con que muere Arce, estaba describiendo también la estoica resignación con que él moriría dentro de poco tiempo...

“Era el 14 de agosto -escribe Prudencio-. Anochece. El anciano está moribundo. Rodean su lecho todos sus hijos. Abre los ojos y los mira uno por uno, amorosamente y de sus

labios brota como un murmullo, su postrera recomendación. La sombra entre tanto, gana el huerto, y la quebrada, y los gigantes árboles que rodean la casa de hacienda, y los altos cerros en cuyas cimas algunos arbustos enanos parecían alejarse al infinito en busca de luz. Brotaron en el cielo algunas lucecillas parpadeantes. Y cuando los ranchos esparcidos en las faldas de los cerros, agujerearon la oscuridad con la rojiza llamarada de los hogares, Aniceto Arce cerró los ojos para siempre.”

Jaime Mendoza nos cuenta: “Hace pocos días pude ver a Prudencio en su lecho de muerte. En la vaga penumbra destacaba su rostro simpático. Tenía los ojos cerrados. No hablaba. Estaba casi inconsciente. Cuando me llegué a él y con voz pávida dije su nombre, él abrió sus grandes ojos y me miró como si quisiera sonreír con ellos, pero muy luego sus párpados tornaron a cerrarse y quedó estereotipado en su rostro un gesto dulce, amable, seductor. No parecía morir. Parecía vivir. Vivir una vida suave, apacible, luminosa. Esa vida que yo llamo la vida de la muerte. La vida de un sol poniente, que aun al despedirse del paisaje, le envuelve en una mirada suave y paternal”.

## **Su personalidad**

Para Daniel Sánchez Bustamante, Ignacio Prudencio Bustillo “es el más vigoroso exponente de la novísima generación intelectual de Bolivia”. Esta opinión no es exagerada. Si se ojea en el panorama nacional, no hay quien le supere entre los jóvenes. Si alguno por su especialización dentro de una actividad determinada, como Guillermo Francovich, en Filosofía, se le acercan o están a su mismo nivel, en cambio nadie le supera en amplitud de cultura y capacidad comprensiva. Temperamento de garra también el suyo, como René Moreno o Franz Tamayo, allí donde pone la mano, allí hay que ver el zarpazo leonino. Su juicio, si no original siempre, al pasar por su cerebro, por antiguo que sea el tema, se vivifica con una luz nueva, amplificadora y fecundante. Tan igual le era a Prudencio ofrecernos una exposición sugestiva de las corrientes imperantes en Filosofía, como deleitarnos con un sabroso estudio crítico, o una cálida evocación de un paisaje, o tratar de un abstracto tema de Economía Política, como un estudio *La Reforma Bancaria de la Misión Kemmerer y los bancos comerciales*.

Esto no arguye en el frívolo diletantismo, denuncio, como se sabe, de incapacidad mental; al contrario, revela la amplia mirada para abarcar, con dominadora intensidad, vastos horizontes mentales, abrir múltiples

perspectivas. No era un disperso, dentro de esa amplitud, aparecía su personalidad, su inclinación temperamental al análisis crítico. Era un meditador de cosas hondas y sutiles. Esta, su personalidad intelectual. Su especialidad, dentro de un campo limitado, como pasa con esas dos altas mentes americanas, primogénitas de Rodó: Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.

No es posible puntualizar, en un mero artículo de prensa, las múltiples facetas del escritor y del hombre. Para juzgar al filósofo, y, más propiamente, al ensayista, al sociólogo, al psicólogo biógrafo, al historiador, al crítico y al profesor, necesitaríamos mayor espacio del que disponemos en estas columnas, y mayor atención de la que podemos esperar de nuestros lectores. Escribimos sólo por recordar la noble figura del amigo y el regio talento de un alto escritor boliviano, prematuramente arrancado a la vida...

Vamos a puntualizar únicamente dos aspectos: su actividad de maestro y su sindéresis de crítico.

## **El profesor**

Ignacio Prudencio, de vuelta de Europa, donde fuera para estudiar Ciencias Sociales, se hizo cargo de la cátedra de Filosofía de Derecho, en la Universidad

de Chuquisaca. Comprendió desde luego, guiado por su propia experiencia -como confiesa en el prólogo de su *Filosofía jurídica*- que los bachilleres bolivianos egresan de los colegios con muchos defectos mentales, provenientes de la mala educación que reciben. En cuanto a su orientación filosófica, a su concepción integral del universo, si alguna tienen, es caótica y contradictoria, debido unas veces, a la disparidad de materias que aprenden; otras, a los criterios opuestos de los profesores. Se da el caso -y es frecuente- de que mientras el profesor de Filosofía es espiritualista, idealista y hasta clerical o pechoño, el de Ciencias Naturales, hace gala de un materialismo brutal, digno del conspicuo personaje de Flaubert. El alumno sale desconcertado, si ha llegado a darse cuenta de los problemas filosóficos, que es lo raro. Lo común es que pasa por estas materias de ardua celebración sin comprender nada, como una bala por entre nubes. La única facultad que desarrolla es la memoria verbal. Sabe de todo un poco, nada a ciencia cierta. Lo que menos sabe, es razonar por cuenta propia. Sus ideas, si las tiene, carecen de personalidad: son ideas desubstanciadas, que él ha almacenado en su cerebro, sin analizar su sentido.

Prudencio vio la urgencia de reaccionar contra esta educación pasivista y realizar una labor socrática:

*partear los espíritus...* Tendió a despertar en los alumnos, la personalidad en el razonamiento, el vigor del raciocinio, el amor de la investigación propia y el culto por las ideas generales. En suma, el respeto por la cultura. Defecto capital, que prima en los profesionales bolivianos, singularmente en los abogados. Sacados éstos de sus códigos son de una supina ignorancia. Defecto que se traduce en su dogmatismo e inmortalidad profesional. Prudencio los compara con los caballos cocheros a quienes se les pone anteojeras para que sólo miren el camino por donde van, sin deleitarse en el paisaje que ondula sonriente y magnífico a ambos lados de la ruta. Los abogados bolivianos son hombres con anteojeras en el espíritu.

Había que hacerles ver el panorama amplio de la vida en general. Nada mejor que su cátedra de Filosofía, para que los alumnos se proporcionen de una vista panorámica del universo, que tengan “ideas generales” y amor a la cultura...

Un abogado por más bueno que sea, si al expresarse habla en “altoperuano” y no sabe quién fue Shakespeare o quién fue Pasteur, será siempre un hombre inferior. Será siempre un “hombre peligroso”...

Esta fue su labor en la cátedra. Labor de saneamiento educativo, de seriedad científica y de

moralidad. Por los pocos años que dictó esa materia, su obra ha sido mínima: pero ha dejado un ejemplo y ha despertado algunas buenas inteligencias, ha parteado algunos espíritus... Ya es mucho en este país donde, para abrir la mente de algunas gentes, se necesita escoplo y berbiquí... ¡Oh, Sócrates!

Se piensa en Prudencio al releer estos recuerdos de don Rafael Altamira, cuando evoca la figura del gran Clarín, profesor: “La cátedra que explicó Leopoldo Alas -escribe Altamira- fue la de Filosofía del Derecho. Trabajar en una materia de esta índole, por muchachos viciados por la educación memorista y servil que aún predomina en las escuelas, es tarea propia para desanimar a quien no sea educador de raza y para lanzar, a los no preparados, en el fácil camino “del libro de texto”, de la lección aprendida *ad pedem literae* y el discurso dogmático. Con Leopoldo Alas no era de temer. Espontáneamente desde un principio, siguió el procedimiento único para lograr un provecho firme. Este procedimiento consistía en destruir toda la falsa obra amontonada en los espíritus jóvenes, hasta limpiarlos de la herrumbre contraída por culpas ajenas. Procedía con ellos como con los autores a quienes zarandeaban en sus críticas, empleando un rigor que, en el fondo, era amoroso y siempre podía ser saludable.

Presentábalos el retrato de su propia ignorancia, de su carencia de reflexión, de su falta de personalidad pensante, para provocar en ellos una reacción enérgica que los sacase del pantano; y para ello, no los conducía sólo por los caminos particulares de la filosofía jurídica, ni utilizaba únicamente los temas de este género, sino que los perseguía en todas las manifestaciones de su vulgaridad y de su incultura, desde la sintaxis de sus expresiones habladas, hasta el desconocimiento de hombres gloriosos que ningún intelectual debe ignorar, excitando así en ellos, con la vergüenza de no saber tales cosas, la doble aspiración de aprenderlas”.

¡Oh, Sócrates, si así es lo que hay que hacer!... Pero, ¿cuántos maestros se hallan, ellos mismos, capacitados para eso? ¿Son cultos, realmente?

### **El escritor**

Pero, después, hacia la época del saavedrismo, Prudencio, desengañado de la instrucción y, más que de ella, del mal cariz que iba tomando la política, renunció a su cátedra y tomó por la escondida senda: se marchó a Camargo. Fruto de esa existencia tranquila en la franciscana dulcedumbre de la hermana agua y el hermano árbol, con sus magníficas evocaciones regionales: *Junto a la Bodega y Visiones de Tarija*.

Una casualidad, por encima de todas, le distingue como escritor: la inalterable ecuanimidad del juicio, la serenidad, no exenta simpatía, para interpretar la obra ajena. Posee, como los maestros franceses, el sentido de la medida y la percepción, de la *nuance*; no es exagerado; no es apasionado. Y esto es muy raro en Bolivia, donde prima ese “estilo desmesurado” que Salaverría, advirtió también en Argentina. Esa casualidad le capacitaba para su labor de crítico, de atinado justipreciador de valores. Por ello, cuanto como juicio crítico ha salido de su pluma, asume la significación de la opinión más acertada y exacta.

Tales sus estudios sobre figuras del pasado: Manuel José Cortés, Ricardo Bustamante, Manuel Tovar, Néstor Galindo, Daniel Calvo, o sus opiniones sobre escritores contemporáneos, como su juicio sobre Manuel Céspedes.

Reuniendo toda esta labor dispersa podríamos formar un bello volumen, si no orgánico como los que nos ha dejado, vario, amenísimo y útil.<sup>1</sup>

Útil, a más de ameno y vario, pues, con él se acrecentaría la cultura popular, se refinaría el gusto

---

1 El autor de este libro reunió bajo el título de *Páginas dispersas*, la obra de Ignacio Prudencio Bustillo. Sucre, Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca, 1946.

literario, él nos enseñaría el amor del pensamiento hondo expresado en forma bella, porque, Prudencio fue un alma bella, un espíritu platónico que se exaltaba de pagana alegría frente a la santidad, siempre pura, de la naturaleza, y como Guyau, a quien se le ha comparado, era un cerebro de pensador injerto en el alma de un artista.

### **Su muerte**

Al final de su vida, empero, su espíritu fue tiñéndose con los pálidos matices del pesimismo. La vida, que antes le había sido pródiga en bienes, pues le concedió todo -talento, espíritu, cuna, belleza física y moral- comenzó - ¡traidora! - a mirarle suspicaz y avara. Una incurable enfermedad fue minando su organismo. Comenzó a comprender que le restaban pocos años de vida y que había “*que apresurarse*” (así se titula una de sus más hermosas páginas).

Cuán amargo ha debido ser, para Prudencio, sentir dentro de él que palpitaba un mundo de ideas y un enjambre de sentires, para dar vida a obras que inmortalizarían su nombre, pero que la salud precaria, el fin próximo, no le permitirían dar cima a nada de eso... ¡Cómo nos quebranta el destino!.

habríase dicho con Leopardi. Apresúrate, Ignacio, porque te quedan pocos días...<sup>2</sup>.

---

2 En esta carta que publico se revela la situación de ánimo a que aludo al mismo tiempo que el autor de *Ensayo de una Filosofía Jurídica*, explica sus propósitos. Dice así:

Camargo, 5 de mayo de 1923.

Con placer he leído su carta del 14 de abril, que ha llegado con mucho retraso. Le agradezco de veras el interés que le despierta mi pequeño *Ensayo de Filosofía Jurídica* y, más que todo de las ideas que le suscita, pues, el mejor premio moral que recibe un escritor es ver que su trabajo “sugiera ideales” y levante los espíritus sacándolos de la monotonía del pensar cotidiano. Constató con gran alegría que mi obra no es estéril, puesto que halla eco en los estudiosos cultos como usted que por desgracia, son muy escasos en nuestro país. Temo que la lectura completa de mi libro le desilusione. Se trata apenas de un libro didáctico escrito para los estudiantes que se inician en las Facultades de Derecho. Ciertamente que en un principio llevaba el propósito de hacer una obra extensa, algo así como un resumen crítico de las ideas jurídicas en boga: pero me desalentó la enormidad del trabajo y la pequeñez de mi espíritu para dar cima a la tentativa; y por último postrado por la larga enfermedad, creyendo que la vida no me daría tiempo para realizar ni siquiera parcialmente mi objeto, resolví reducir las proporciones y la índole del libro, produciendo algo, por pobre y malo que sea. He ahí por qué acorto las disertaciones, suprimo a intento argumentos en favor de mi tesis, paso volando por cuestiones que habría deseado desarrollar ampliamente. Con todo, tal vez encuentre usted en sus páginas las ideas morales melioristas, tan maravillosamente expuestas por Guyau, la filosofía positiva idealista del admirable Taine, y el escepticismo prudente de Renán, que nos aconseja admitir con mucha reserva las opiniones más aceptadas y difundidas en el ambiente.

Esta orientación filosófica concluye en cierto modo, con referencia al Derecho especulativo y práctico en el realismo de Ihering, Korkounov, Bierling, Vanni, Gropali, Duguit y tantos otros pensadores modernos, casi desconocidos en Bolivia. El realismo es una reacción contra el dogmatismo tradicional, y se manifiesta primero en el método preconizando la inducción, para ensayar después sus ampliaciones en temas concretos del Derecho, como son el Estado, la familia, la propiedad, etc. En mi libro he tratado estas cuestiones, pero sin darles la amplitud que requieran. Me he detenido, sí, quizá más en lo conveniente, en criticar los dogmas revolucionarios de la libertad o igualdad, introducidos a ciegas en nuestra legislación, para defender al indio.

Tengo la esperanza de conversar largamente con usted sobre estas ideas, en las que, lo espero, hallaremos motivo para estrechar nuestra amistad, gracias a la semejanza de nuestro modo de pensar.

Le estrecha las manos su amigo.

Ignacio Prudencio Bustillo

Al mismo tiempo fue comprendiendo que su labor culturizadora, en un medio tan hostil a las expansiones de la mente como el boliviano, iba a serle muy dura, y, a la larga, cambiaríasele en pesimismo, desánimo tal vez, encono, la tristeza del incomprendido, del “hombre fracasado”, que diría Papini... Él, en realidad, era hombre para actuar en un medio donde la palabra del pensador sea escuchada como en el Pórtico de Atenas o la Sorbona parisiense y donde el *proponer ideas*, no sea lo que es en Bolivia: el “soliloquio de quien busca voz, sin encontrarla, en una pesadilla abrumadora y violenta”... Fue perdiendo su fe en el porvenir de Bolivia, y, si resultaba “un inadaptado”, un ser exótico al ambiente, como una flor de lis en un matorral de hortigas, tal vez habría llegado al final a perder la ática serenidad de su alma platónica, para tornarse en un pesimista colérico y triste, en un fulminador de anatemas y verdugo de verdades crueles, como el grande y pobre René Moreno, o en un profeta de desgracias, un Schopenhauer a domicilio, un pesimista de cantina y genio de café, como somos otros fracasados...

La muerte, bondadosa tal vez, le libró de caer en esta sorda fermentación del propio descontento y del descontento de todo y de todos, de la repugnancia de sí mismo y de los demás, que nos ataca a cuantos, en Bolivia, no habiéndonos resignado a la domesticación

social, a ese sistema de nivelación en la mediocridad y el conformismo inmoral, a cuantos no queremos llevar la leva del curaca en los desfiles o el escapulario de la clerigalla en las procesiones, nos abruma.

¿Para qué luchar en un ambiente en donde de antemano sabemos que toda iniciativa, toda acción depurativa, toda obra de bien y de cultura, todo anhelo de elevación de claridad y de verdad, fracasa? ¿Para qué esforzarse por contrarrestar la barbarie que sube de nivel, como una pleamar, cuando sabemos ya que todo gesto sarmentiano de combate es estéril y las mejores intenciones son las peores interpretadas?

Dejemos que la rueda de la mentira, de la mentira enorme, imponderable, siga rodando por el ambiente boliviano, porque en ella nadan admirablemente “las medianías interesadas y las inepticias astutas”.

En el ambiente nacional lo único que cabe hacer es emigrar o corromperse. ¡No hay otra alternativa!

Y Prudencio Bustillo, alma pura, conducta intachable, mente clara, corazón magnánimo, tal vez habría concluido por caer en este vulgar achaque en que caemos “los buenos”. Todo por seguir aún “con la tonta industria de vivir”.

Prudencio, en cambio, ha muerto dejando el ejemplo de una vida limpia y austera, sin que la democracia de la envidia pueda señalarle una falta en su vida, o el gregarismo politiquero una mancha: dejando al revés, un noble ejemplo de religiosa consagración a las más honradas y altas actividades de la existencia y un claro y puro nombre en las letras.

Potosí, 1929.

## La extirpación del latifundismo

**H**ay en el primer punto del Programa del Partido Republicano que trata de “Economía Nacional”, entre los diversos tópicos que menciona, éste, que nos parece se presta a equívocos: “Leyes Agrarias -dice- destinadas a la parcelación y cultura de la pequeña propiedad”. Entendemos que la muerte del enunciado es “la gran propiedad”, o sea el latifundio, porque es ilógico pensar en la parcelación de la “pequeña propiedad”.

El problema de la tierra -básico para Bolivia-, no se lo ha tocado siquiera, antes de ahora; o no se ha planteado en su verdadero aspecto, ya sea porque nuestros legisladores, en su mayoría han sido latifundistas, beneficiarios de ese sistema a todas luces injusto y perjudicial para el común, pues que aprovechaba a unos pocos; o porque aquellos -los legisladores-, tienen, de la propiedad, el criterio liberal a la francesa, que es el que informa nuestra legislación e inspira nuestros procederes.

La existencia de grandes latifundistas entre nosotros, data de la Guerra de la Independencia, en que los vencedores de los españoles, se apropiaron de las extensas propiedades que, desde la Conquista, poseían los encomenderos y adelantados. Los nuevos propietarios, al entrar en posesión de esas grandes fincas, no cambiaron de espíritu ni obraron en distinta forma a como eran y lo hacía los colonizadores ibéricos: entraron a disfrutar de las tierras con el mismo espíritu de los *chapelones*. Aunque hubieran hecho la guerra por la democracia, ésta la entendieron de una forma muy estrecha y restringida; libertad y democracia, derechos y garantías para ellos, para los independizadores, pero esclavitud y “colonialismo” para los indios, los proletarios de la agricultura.

De la misma manera que el conquistador español se creía con derecho a la propiedad de la tierra y al trabajo del labriego, porque lo había “conquistado” y lo estaba “colonizando”, el libertador criollo se juzgó también con derecho al usufructo de la tierra y del colono porque le había “dado independencia”. Era la misma esclavitud con otro poncho, la misma explotación de la fuerza a la debilidad.

Los fundadores de nuestra nacionalidad, héroes por la guerra de la emancipación y caudillos de los primeros decenios de la república, se proclamaron

políticamente libres y democráticos, pero su espíritu era “colonialista”, con fiero individualismo asocial que tipifica el carácter del español histórico. Como eran hijos de éste, heredaron de su progenitor su manera de ser. Si amaban “la libertad”, no la entendieron como libertad para todos, democráticamente, sino para ellos solamente, es decir, para una clase privilegiada: los criollos. Al cambiar el régimen político, no cambiaron el carácter. Ya se sabe, lo político es lo externo de los hombres; lo sustancial, es el espíritu.

Ahora bien, en lo referente al aprovechamiento y el disfrute de la tierra, de la propiedad agraria, es sabido que los colonizadores españoles se repartieron los adelantazgos y encomiendas como un premio a sus hazañas guerreras, socapa de cristianizar a los infieles, pero no con ánimo de trabajar el campo, sino de obligar a que trabaje el indio vencido y conquistado, quien estaba obligado al tributo de su esfuerzo. Los españoles abandonaron los campos a merced de sus mayordomos -los gamonales-, y ellos se marcharon a vivir y medrar en las ciudades recién fundadas, llevando esa vida de ociosidad belicosa y misticismo guerrero que es también otro carácter de la raza y singularizó el primer siglo colonizando el desborde pasional de los conquistadores en las normas cuadrículadas de la vida civil, en el chismorreo de

la vida cortesana y las interminables disputas por el poder y los títulos, los puntillos de honor y las “tristezas del bien ajeno”, en la pasión de la envidia que, al decir de Unamuno, es una de las más típicamente españolas.

Para los españoles el campo no fue el lugar de trabajo y beneficio personal como lo fue para los puritanos ingleses que poblaron Norteamérica, sino un lugar que debería pagar “tributo” a la ciudad. El campo estaba obligado a brindar toda clase de servicios a la ciudad, sin estar sujeta ésta a retribuirle en ninguna forma.

Este criterio *colonialista* de la tierra heredaron los españoles de los conquistadores, y ellos de los romanos, quienes -como es sabido- cobraban toda clase de tributos de las “provincias” latinizadas para la ciudad imperial, Roma.

Este espíritu, a su vez, heredamos nosotros. Es el que subsiste hasta hoy, si no en la redacción de nuestras leyes agrarias, en la conducta de nuestros terratenientes, quienes obran en la práctica con ese procedimiento, netamente colonialista, tan viejo como el coloniaje y tan respetable como el Imperio Romano.

El hecho de que no hemos variado, en el fondo, de la manera de ser español, explica el atraso de nuestras

instituciones y la penuria económica que hoy está presentando caracteres tan visibles.

Ramiro de Maeztu, examinando las causas de la gran riqueza estadounidense y la pobreza de los hispanoamericanos formula la acertada observación de que mientras el yanqui “descubrió la naturaleza” y cifró en el trabajo agrícola su bienestar personal, su independencia económica y su derecho a la ganancia legítima de su trabajo, de donde proviene el culto que aquel tiene por el derecho a la propiedad y su comprensión humana de la libertad, como coexistencia de derechos recíprocos, el criollo del sur dejó en manos del abandono la vida cuando requería dinero para su vida parasitaria en la ciudad, con el ímpetu guerrero de antes, se le había convertido en sed de mando y privilegio real.

Y encuentra el mismo Maeztu que el móvil principal para la conducta del íbero de aquellos tiempos, era el “orgullo”. Fue por orgullo que repudió las labores humildes, aunque productivas, del campo, disputándose el poder unas veces a navajazo limpio, u otras con las enredadas artes de la cortesanía o el maquiavelismo.

Este espíritu, que hemos heredado nosotros, lo mantenemos invicto o en el fondo de nuestras almas. Sigue reglando nuestra conducta, aunque por nuestra

remontada fraseología política, nos queramos cubrir por una capa de liberalismo igualitario y democrático.

La comprobación patente de ello es que nuestros campos permanecen en el mismo estado que lo hallaron los españoles, cultivados por el indio en la forma que lo hacía desde tiempos de Manco Kapac, mientras los criollos y mestizos vivimos en las ciudades o las villas de provincia peleando, “a la antigua española”, por un empleo o disputándonos el poder unas veces a mano armada, u otras con las armas subalternas del arribismo político o la intriga.

Tal manera de ser no podía traernos a otra situación que la presente, en que una vez que quiebra la explotación de las minas, se ha pensado en el aprovechamiento de los campos, pero como nadie previó antes que para darse la vida agrícola es necesario conocer el campo, por una parte, y, por otra, que aquel trabajo esté garantizado, resulta que nos encontramos ante una situación dubitativa y nadie se atreve a dar un paso.

No se ha pensado que el campesino no recoge de su trabajo legítimo y esforzado ni el cincuenta por ciento de lo que, en justicia, debería corresponderle, porque la ciudad, que es la que colonialmente recibe el tributo de aquel, cae sobre el agricultor para arrancarle el

producto de su trabajo, en las mil formas de explotación de que dispone, desde el cobro de impuestos directos -catastro rural, prestación vial, etc.- hasta el recargo con que el campesino criollo tiene que comprar los productos de necesidad primordial, porque aquél, no puede vivir como un indio. Si éste resiste la vida en el campo, es que ha reducido sus necesidades a lo último y porque también sabe abastecerse a sí mismo con sus propias industrias. Este no es el caso del pequeño propietario que no sea indio.

El pequeño propietario criollo, además de adquirir muy poco con mucho trabajo, está expuesto a todas las contingencias de la naturaleza, la que en un día puede dejarle sin el producto de todo un año, como ha sucedido últimamente en los viñedos de Cinti, y, además, por la mala administración que hay generalmente en provincias, tiene que vérselas con los desmanes de los gobernadores, extorsionadores, caciques de aldea y letrados sanguijuelas. La vida agraria no está organizada en Bolivia, ni los derechos de los campesinos garantizados por una legislación más justa y equitativa que la que implantaron los colonizadores españoles.

Hay que tener en cuenta este aspecto de la cuestión, para ver de formular una legislación más de acuerdo con el verdadero espíritu de una democracia

trabajadora, y no del anacrónico colonialismo que subsiste hasta hoy.

En cuanto al gran propietario, latifundista o terrateniente, lo anterior -obvio es decirlo- no rige con él. Los hay de la misma manera que hay ciertos capitales mineros que, dentro de sus minas, son verdaderos reyes absolutos, estos otros son condes y marqueses que, a la antigua española, aún se hacen conducir con sus pongos, en “silla de manos”, desde la capital de su feudo. Hay latifundistas que, como los de Incahuasi, en Cinti, cuentan diez mil colonos. Son los antiguos condados de la Colonia. Allí se sigue viviendo en pleno siglo XVI.

El latifundista, o señor feudal, lleva generalmente vida de cómodo rentista en cualquier capital de departamento. Cuando se aburre demasiado, en nuestras aburridas ciudades, se marcha a París de Francia, a dejar algunos millones en los almacenes del Louvre o los cafés de Montmartre, mientras sus colonos sudan la gota gorda en los maizales de Cochabamba o castañetea los dientes en los cebadales del altiplano. Cada uno de estos señores es un adelantado que, además de ser, en el espíritu, un español de los de golilla y la mano al pecho, como en el cuadro del Greco, se gasta el lujo de proclamarse más patriota que Gambetta y más republicano que Castelar.

¿Cuál sería la manera de hacer frente a estos problemas? No queremos incurrir en la vana pretensión de formular soluciones, o imponer, dogmáticamente, nuestras ideas. La simple enunciación de estos hechos, que los juzgamos un reflejo aproximado de la realidad, creemos, tendrá la virtud de aportar alguna ilustración sobre el tema a la mente de los lectores. Que cada boliviano honrado consulte con su conciencia. Allá encontrará lo que el simple sentido común le aconseja qué es lo que hay que hacer.

El tema este es múltiple. No hemos presentado más que un aspecto de él.

## **Gamonalismo y reivindicacionismo**

**E**n vista del boletín de esta Liga se nos ha ocurrido hacer algunas reflexiones que no creemos vengan fuera de propósito. La Liga presidida por don José María Linares, tiene varios objetos, pero el principal es “hacer una defensa contra todos los ataques que se perpetraren” por parte de la indiada a la vida o hacienda de los señores latifundistas. La oportunidad de la Liga, como de toda liga, no podía estar más plenamente justificada. Es muy semejante a aquella otra que uno toma cuando le duele una muela de hace tiempo careada, no cuando comienza a cariarse...

Vamos a examinar el criterio y el espíritu de este boletín desde un punto de vista personal. Adelantamos que sostenemos ideas de las cuales sería injusto imputar responsabilidad a la Redacción de este diario<sup>3</sup>. Si alguna cabe, solamente nuestra.

---

<sup>3</sup> “La Acción”, de Potosí, donde se publicó este trabajo el 17 de septiembre de 1927

## **La utilidad manifiesta del sentido común**

Es indudable que los aficionados al conjuncionarse en la mencionada Liga, para defender sus derechos a propietarios, han obrado bien, con referencia al resguardo de sus intereses. Cada cual tiene el derecho, mientras las circunstancias lo permitan, de defender su vida y su hacienda, en la forma que más crea conveniente, aunque sea haciendo una Liga. La oportunidad de la medida adoptada, como decíamos, es indiscutible. Si han estallado sublevaciones indigenales, hay que organizar una defensa para combatir y aplastar las rebeldías. Todo esto aprueba el sentido común, como dicen que decía Hegel, y es muy bueno para andar por casa y muy útil para la cocina...

## **El autocratismo patronal**

Lo que no nos parece en su punto es la filosofía que late por el subfondo del boletín e inspirándole, revela una ideología ya del todo anticuada y un espíritu sagaz mezquino e incomprensivo de la gravedad del problema indigenal. Expliquémonos.

Creemos nosotros que los señores propietarios se han equivocado fundamentalmente al organizar una “Liga de Defensa Social”, pues con ella no han de llegar a un resultado provechoso; a lo más que

podrían llegar será a contener o sofocar por algún tiempo las sublevaciones, pero con ello no solucionan el problema: no hacen más que reprimirlo por algún tiempo, para que después vuelva a estallar más arrollador y potente.

Quien haya tenido curiosidad de seguir en la historia de la humanidad el origen, causas y fases de evolución en esta clase de alzamientos, sabe a ciencia cierta que ellos no se resuelven mediante la fuerza, jamás pues son resultado de una lenta y larga germinación cuyas causas hay que conocer para aplicar el remedio en la raíz, y no en las ramas.

Cabía investigar cuáles han sido las causas profundas y no meramente casuales de las sublevaciones, en primer lugar, para aplicarles el remedio ahí. Decir, como afirma el boletín, que ellas han obedecido a la propaganda subersiva de los comunistas y a ciertas doctrinas disolventes, mal comprendidas por la indiana, es tomar las apariencias por la realidad. Había que partir del siguiente razonamiento: ¿por qué esas doctrinas han encontrado terreno fértil en el terreno de los indígenas y no las demás clases sociales, obrerismo y burguesía, puesto que también han sido difundidas en ellas?... Lógicamente se deduce que si esas doctrinas han sido aceptadas de todo corazón por las

regnicolas, ha sido porque ellas coincidían con un estado de ánimo apto para asimilarlas. Precisamente en estos momentos la psicología está comprobando que, de la multitud de sensaciones que nos llegan al umbral de la conciencia, sólo alcanzan a ser *apercibidas* por nosotros, (empleamos el término en el sentido que asigna Wundt) las que nos interesan. Ahora bien, ¿por qué los indios han dado oídos fácilmente a esas doctrinas? Respondamos taxativamente: porque ellas, aunque sean ilusorias, satisfacen una aspiración que hace mucho tiempo sentimos por aquellos.

### **Seamos sinceros y procuremos ser justos**

La situación actual del indio boliviano es angustiosa. Como dice Arguedas, al hablar del mujik, se trataba de la pobreza de un pobre; con referencia a nuestros indios, su situación es la pobreza de un miserable. Si mucha culpa tienen ellos para esa situación, no es poca tampoco la que les cabe a los señores propietarios, pues, éstos lejos de civilizar y hacer progresar a sus colonos como era su deber social, sólo han tratado ahora y siempre, de esquilmar al indio por todos los medios, considerándolo como una bestia de explotación directa.

¿Qué utilidad social han rendido en nuestro país la existencia de terratenientes y latifundistas? Si pues

la suerte, en la mayoría de los casos, o el trabajo en otros, les colocó en las dichas circunstancias de ser dueños de vastos y hermosos latifundios que, como los de Incahuasi y Culpina, llegaron a contar hasta 10.000 colonos, ¿en qué medida estos señores han contribuido al progreso de la nación, intensificando la producción agrícola, manufacturando e industrializando los productos, incorporando el indio a la vida nacional y, en suma, acrecentando la riqueza del país? Lícito es contestar que, con extraordinarias excepciones, los patrones bolivianos han sido tan mezquinos, ignorantes, rutinarios y retardados como los indios. Su única mira ha consistido en obtener el mayor rendimiento de sus fondos, con el *mínimum* de trabajo por parte de ellos. Una vez alcanzada la fabulosa fortuna, se han marchado a Europa a derrocharla en ridículos rastacuerismos, comprando títulos nobiliarios desacreditados o sosteniendo queridas de a 10.000 pesetas mensuales, mientras los colonos indígenas perecían de hambre y desnudez en las vastas soledades bolivianas...

### **El remedio es peor que la enfermedad**

Ahora que la cosa se está poniendo álgida y el pobre indio, exprimiendo como la caña en el trapiche, se atreve a levantar su cabeza y dar desahogo a un rencor secularmente acumulado, los señores terratenientes

alzan el grito al cielo y al gobierno y en nombre de “la patria” piden la defensa de sus propios y exclusivos intereses. Intereses propios de nosotros deberían decir, sin calumniar a nombre de la patria, ni levantar su santo nombre para cohonestar un fariseísmo, pues al resto de los mortales que no tenemos fincas y que también somos miembros de la patria, extenuada por ellos, nos importa una higa la suerte de los gamonales, con todas las ligas que hagan... Las ligas no sirven más que para sujetar las cosas que se están cayendo...

Lean, señores, un poco de historia y sabrán cómo lo que ahora ocurre ha acontecido siempre y cuántas veces que, después de sostener con el peso de sus lomos el parasitismo de una aristocracia feudataria, las masas trabajadoras leWs han privado de su sostén, aquel que se ha derrumbado irremediablemente. El *Contrato social* del pobre, Juan Jacobo es viejo de más de cien años. Lean, señores afincados *Los orígenes de la Francia c ontemporánea* de Hipólito Taine y sabrán que después de Luis XIV, vienen los *sans coulot*.

Y, si como creemos, los actuales componentes de la Liga son buenos cristianos, deben recordar lo que pasó con la propagación de esta doctrina en los primeros siglos de su desarrollo. El cristianismo también, aparte su faz religiosa, fue un movimiento de reivindicación social y económica. Los romanos,

orgullosos e ineptos para comprender el estado de alma de los cristianos de su tiempo, como los patrones actuales con sus colonos de ahora, pretendieron aplastar en su cuna la doctrina naciente y ese fue su error y su sentencia de muerte.

No es por medio de represiones violentas, ni sofocamientos energéticos que se resuelven problemas como los que ahora se presentan. No es con el látigo ni con el palo que se aplaca el hambre. La única salvación es que ustedes, señores propietarios y legistas, dejen de ser tan bárbaramente explotadores y en vez de bestializar al indio, como hasta ahora han hecho, procuren humanizarlo un poco siquiera.

Brindamos a la meditación de ustedes, si no creen en nuestras palabras, estas frases del autor de *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo*: “El obstinado conservador que al parar junto a los cadáveres mutilados de los mártires de Lyon se decía: “Han sido demasiado débiles, será preciso inventar para el porvenir castigos doblemente severos, no era más necio que los políticos que, en todas las edades, han creído reprimir los movimientos religiosos o sociales por medio de suplicios. Los movimientos religiosos y sociales se combaten por medio del tiempo y de los progresos de la razón”. (Ernesto Renán).

En lugar de estar fundando ligas los señores latifundistas deben poner escuelas para sus colonos y en vez de considerarlos como bestias de explotación directa, deben tomarlos como en realidad son: pobres hombres cuyo único defecto consiste en tener hambre... y sed de justicia...

Potosí, 1927.

## El civismo de la burguesía

**N**o siempre las cuestiones de política palpitante han de absorber nuestras preocupaciones, como si sólo en ellas estribara el progreso del país. Este equívoco es necesario combatir. La política, lo dijimos ya, es efecto y no causa del adelanto social. De manera que para esperar el avance de la primera, es necesario atender, sobre todo, a la realidad de lo segundo.

Como es tan compleja la vida social, múltiples ocasiones tendremos de referirnos a ella, a su evolución, etc. Por ahora, vamos a puntualizar un hecho que si bien es juzgado como nimio por la gran mayoría, es revelador y fecundo en inducciones y deducciones para nosotros. Nos referimos a la conferencia dada el sábado pasado por el Dr. Jaime Mendoza y el género de público que a ella han concurrido.

Pues bien, doloroso nos ha sido constatar cómo el 99% de la concurrencia que llenaba el salón, estaba integrado por auditorio obrero. Pocas

y contadísimas personas de las llamadas de “sociedad” pudimos ver.

¿Cuál es la causa de esta inconcurrencia? Pueden señalarse muchas por vía disculpatoria: que no se les había invitado por esquila; que llegaron tarde y no encontraron asiento, y otras de igual guisa: pero también se puede creer que ese público no ha concurrido porque no le interesaba el tema a tratarse o está ya suficientemente enterado de él y no necesita de más luces.

Pero, si esto último es cierto, es desconsolador porque hay derecho legítimo de deducir que si no se interesa por el tema de la actualidad nacional en estos momentos, los caros intereses que nos está disputando el Paraguay, entonces quiere decir que a nuestra burguesía no le importa una higa la suerte de la patria. En cuanto a lo otro, eso no se puede concebir; no creemos que nuestra sociedad hubiera realizado por cuenta propia investigaciones tan arduas y difíciles como el conferencista para estar mejor enterado que él del problema del Chaco.

En otras ocasiones, cuando viene una compañía dramática o un conferencista notable, el público burgués que no concurre se disculpa alegando “que no les gusta la literatura o no comprende la música

de cámara”, pero ahora que se trataba no de mera literatura, ni de música, ni de una conferencia cultural siquiera, sino de un problema nacional, estaba patrióticamente obligado a concurrir. Conocer, darse cuenta completa de un vital asunto nacional, es deber de todo ciudadano.

Achacar las pérdidas territoriales únicamente a la dejadez de los gobiernos o a otras causas exclusivas, es un discurso tan infantil y cínico que no denuncia sino a una supina ignorancia de los deberes cívicos o el enquistamiento egoísta más estéril.

No, la verdad es que, aunque sea triste decirlo, la burguesía, que es lo que se llama “élite social” y que debería ser el núcleo directo, ha caído en aquel apoltronamiento parasitario cuyo símbolo más exacto es un poeta precisamente, el gordo Ovidio, el protegido de Mecenas, aquel que gustaba llamarse a sí mismo “cerdo de la pira de Epicuro”.

Ovidio simboliza, si le miramos únicamente como a tipo moral, al hombre egoísta y de costumbres morigeradas y agradables que despreocupadamente de los vanos negocios del Estado e incapaz de sacrificarse por nada, busca la quietud de una sinecura para llevar aquella dorada medianía en la que según él, residía la felicidad asequible al hombre.

Pero, para que Ovidio realizara ese ideal, tenía que vivir como parásito, enroscado en la encina de Mecenas. Nuestra burguesía, a semejanza del gran poeta latino, busca también la placidez egoísta de la áurea mediana, enroscada a la frondosa encina del capitalismo. Y como sus instintos egoístas aconsejan previsión, reserva, buen tino e inhibición, se excusa de tomar parte activa en los movimientos culturales y si se interesa por la cosa pública, lo hace desde la orilla, sin intervenir directamente en la acción que exige esfuerzo, trabajo, supeditación de los intereses domésticos a los generales.

Pertrecha dentro de su egoísmo epicúreo, se refugia en los eternos partidos opositores que le proporcionan el mágico y cómodo recurso de alegar que “no se ha cumplido el programa del partido” para excusar la intervención de ellos en la obra que demanda generosa preocupación por lo general. Después, si ocurre alguna desgracia boliviana, un conflicto internacional, un movimiento sedicioso, un canto revolucionario, una bancarrota económica, etc., ellos se presentan libres de toda culpa; con imputar todas las desgracias al Gobierno y decir que otra cosa habría sido si ellos hubieran estado de gobernantes, se salvó la cosa. El negrito del cuento se lleva la paliza que debería haber recibido el gentilhomme.

Esta conducta de nuestra burguesía no puede revelar otra cosa sino una profunda relajación moral y un decrecimiento funesto en lo que Nietzsche llama “los instintos valorados de la cultura” y como esa gran masa es la que, por su situación económica superior y su comando directivo dentro de las profesiones liberales, da tono a la vida nacional, es, en cambio, lícito imputarle a ella, al desconocimiento de sus deberes de ciudadano, a su patriotismo de boquillo y su ausencia radical, en el fondo, de civismo efectivo, y su espíritu mezquino y egoísta, el fracaso de la Bolivia contemporánea.

Todas estas deducciones y otras más cabe extraer de lo sucedido el sábado. Este acto nos ha revelado que es la masa obrera la que tiene en mayor grado el sentimiento de la responsabilidad cívica, conoce sus deberes de ciudadano y se preocupa de ilustrarse acerca de nuestros vitales problemas. Moralmente es superior a la burguesía, es decir, a la élite social. No hablemos de la aristocracia, porque en nuestro país nunca la ha habido. El único aristócrata de sangre fue don José María Linares y él conoció a su ganado. Obró como un encomendero del Rey.

Sabido es cómo la grandeza de la Francia contemporánea se debe especialmente al progreso de su burguesía. Ella es la que hizo la Revolución del 89

y ella la que difundió aquellos principios por el mundo todo, haciendo progresar a la humanidad. Ella es la que ha dado sus grandes hombres, de ella salieron los Napoleones y los Gambetta. Entre nosotros, antes de ahora pasaba lo mismo: de este sector social salieron los Baptistas, los Quijarro, los Bustillos. En nuestros días no sucede lo propio.

Pero los señores burgueses, que se creen exentos de toda responsabilidad histórica al inhibirse de la acción social e integrar los partidos opositores que nada hacen y todo lo censuran, que se vayan andando con cuidados: el socialismo y el comunismo y otras doctrinas juradas del autocratismo patronal y la explotación limitada, están asomando la fauces por nuestras fronteras, sedientas de sangre e hirvientes de cólera. Es bueno recordar que ahora cien años, en la culta y distinguida Chuquisaca, los señores oidores, que eran los que todo lo podían, eran unos perfectos ovidianos epicúreos y no acertaban a caminar si no era en litera o bajo el palio. Cuando sonó la hora del 25 de mayo, con el arzobispo Moxó a la cabeza, tuvieron que andar *personalmente* a pie por los más escabrosos montes y las más áridas llanuras.

Les iba la vida en ello. Y muchos la perdieron. Los que habían hecho tal iniquidad, desquiciando un orden social que se creía eterno, habían sido unos cuantos

estudiantillos revoltosos e insolentes, entre ellos el mulatillo Monteagudo, como decía dona Martina Lazcano.

## Pueblos terrosos, vidas derrotadas

Vivir en una aldea, o verse obligado a acudir a ella por alguna necesidad premiosa, cuando se habita, como yo ahora, en pleno campo agreste, donde se carece de todo, es para conocer la vida nacional en su intimidad... Mal que bien, las ciudades y algunas capitales de de provincia, ofrecen facilidades para la vida y hasta se puede disfrutar de algunos momentos de cordial comprensión de espíritu con algún raro hombre: vivir en estos pueblos terrosos, sin más forzada convivencia que estas vidas derrotadas de la aldea indio-mestiza, es para experimentar todo lo áspero, hirsuto, incomprensivo, huraño y hostil que tiene el alma del aldeano, expresión de la tierra mísera, del terrazgo duro, de la serranía hosca, de la montaña abrupta, de todo lo inculto, solitario y zahaño que conservan estas peñerías en cuyas faldas se agarran los caseríos del villorrio o del burgo que desafiando los accidentes de la topografía, se agazapa en el fondo de las quebradas.

El hombre de la ciudad - si es culto, abierto de espíritu, comunicativo y sociable - de lo primero que sufre en la aldea es de la falta de la convivencia social. Por lo pronto alternar con los indios, aunque mal que bien se conozca el idioma, es difícil y la intercomunicación casi imposible. Por la abismática distancia de cultura y sensibilidad. Los indios viven en un orbe distinto, con preocupaciones tan ajenas a la cordialidad espiritual, que el departir obligado es un sacrificio para ambos, un sufrimiento antes que un placer: el indio se esforzará en vano para ponerse a la altura del ciudadano; este hará esfuerzos inútiles por rebajarse al nivel del indio, hombre ya puramente elemental, *fellah*.

Cuanto al habitante de la aldea, lo primero que choca en él es su horror a la comunicación con “el forastero”, *el extraño*. Y es que, en esencia, no es que el aldeano es huraño sólo con “el forastero”: lo patético es su carencia de sensibilidad social, su hirsuto individualismo, siempre “*a la defensiva*” y, en suma, su falta de humanidad, su inhumanismo.

Podría narrar, al respecto, casos que espantan. Como a unos cien metros, apenas, de mi actual morada, hay un caserón patriarcal. La familia que lo habitaba se componía del padre, tres hijos varones y tres mujeres. Murió el padre; los varones emigraron en pos de trabajo a las minas del

Chorolque y Chocaya; las tres hermanas quedaron en el caserón. Pronto, incapaces de convivir en hogareña fraternidad, velando juntas por la heredad paterna, surgieron las enconadas disputas por la casa y por pequeñas parcelas de sembradío que les correspondió en el deslinde hereditario. Empero, esto no es lo malo: la mayor de las hermanas comenzó a sufrir de parálisis desde su adolescencia. Ella ha ido en progreso. Actualmente está completamente baldada de las extremidades inferiores: no puede moverse de su lecho, pues las hermanas menores después de que se dividieron el caserón, hicieron poner una puerta de calle - que en este caso lo propio sería decir “puerta de campo”- distinta a cada parte. Ahora no la visitan a “la tullida” - así la designan - sino cuando a ello les impulsa el interés. La hermana menor, especie de Harpagón con faldas, de un extensivo e intensivo sentido económico, poco menos que nunca va donde la hermana baldada. Se explica: no necesita de ella. La otra, que es “una divertida”, lo hace sólo por saquearla, sin el menor escrúpulo, lo poco que ya a la paralítica le resta de su patrimonio.

La hermana mayor está hoy al borde de la miseria naturalmente. Nadie ha tenido jamás un gesto de piedad con ella. No quiero referirme a los pormenores

que, por la infamia que revelan, ofenden la dignidad humana.

Una prima mía, se largó en luciferinas vociferaciones, en mi contra, porque se rompió una taza de café, que por casualidad me invitó una mañana en que yo -esto pasó en la capital de provincia- no pude conseguir un vaso de agua, porque allí, el agua, es un artículo de lujo. Este dato, para su “Itinerario Espiritual de Bolivia”, querido y nobilísimo José Eduardo...

\* \* \*

Se ha ideologizado mucho acerca del indio. Lo que voy a decir, a buen seguro, no es una novedad. El indio, por mucha trabajosa que sea su vida, vive, en cambio, de acuerdo con lo que en terminología spengleriana diríamos “su paisaje”. Es un fruto de la tierra. Ella es su madre “la madre tierra”, la “Pachamama”. Telúrica y étnicamente es un adaptado al medio, aunque ese medio es tan desolado y huraño, tan avaro con el hombre, como es el altiplano. Precisamente por eso el indio vive más ligado a la tierra dura, porque como con tal certera penetración ya dijo Romain Rolland en *Juan Cristóbal*: “no son los países más hermosos,

ni aquellos en que la vida es más agradable los que adquieren mayor imperio sobre el corazón, sino aquellos en que la tierra es más desnuda, se halla más cerca del hombre y le habla en un lenguaje íntimo y familiar”.

En cambio, los que poco o nada tenemos de indio, los que por nuestra malaventura somos un retoño enteco y reseco del viejo tronco hispano, esos, resultamos ajenos al paisaje y vivimos con un alma sin tierra donde adherirnos, con anhelos de otro clima de la cultura. Cargamos en el espíritu todo el quebranto de nuestra desventura étnica y, fatalmente, nos sentimos con algo malogrado: hemos nacido condenados al fracaso. No nos queda otra cosa que la resignación inerte ante la vida derrotada.

De esta clase “vidas derrotadas” he encontrado algunos arquetipos en la aldea terrosa. ¡Qué emoción tan amarga me sobrecogió- hace ya años de esto- cuando al visitar la aldea de Chocloca, encontré ahí, perdida en medio de la rústica pardura de la indiada y la chillería polícroma de la cholada en fiesta, a una joven de marfileña fisonomía y grácil talle, vestida de blanco y con una expresión de infinita tristeza en las verdes pupilas. Su padre fue un rico hacendado de estas regiones, don Juan Arraya. Muerto él, la madre perdió casa y hacienda en manos de los

rábulas del burgo mestizo. Pronto cayó en la miseria. Rosalía -así se llamaba la muchacha exótica de la aldea parda- sostenía en su digna pobreza a la madre con la costura y enseñando a leer a algunos rapaces del villorrio.

Me cuentan ahora que Rosalía, no pudiendo sobrevivir a la muerte de su madre, falleció también poco después. Feliz ella que murió a tiempo.

Hay otra, que viéndose obligada a vivir en compañía de la manceba de su hermano, una chola gruesa y grasienta, vendedora de chicha y *cañazo*, se ha enloquecido. Y hay el caso de la señorita de fina estirpe castiza que ha concluido por ser querida, de un cholote que, a cambio del dinero que el gasta en copas, -dinero de la mujer- le suministra cada paliza, con rebenque trenzado, como acostumbra hacer con los caballos cuando quiere hacer con los caballos cuando quiere dárselas de domador de bestias bravas.

Ella se ha sometido a ponerse pollera, a “cholificarse”. Lo conmovedor, en provincias, no es el caso del “caballero” del “decente” que se “enchola”. Eso es pan de cada día. Lo doloroso es el caso de la señorita de abolengo que se “cholifica”. Para ella es la pateadura, el látigo e ir a quejarse al demonio.

\* \* \*

Hay ocasiones en que a uno le persigue la obsesión de la tierra. No de la buena tierra llovida, con olor a mujer enamorada, o de la tierra de labor, con sabor de fecundidad propicia a la cementera, sino de lo que “terroso”, del poblacho todo con casas de adobe, con techumbre de “torta” y el piso polvoriento, y de la tierra que el viento comienza por llenar los muebles, el lecho, el vestido, el agua de beber y que hace lagrimear los ojos y se impregna en los dientes y concluye por entrarse en el espíritu. La aldea es terrosa y esa terrocidad que se respira por todas partes, ha terrorificado también las almas y los corazones.

\* \* \*

A la margen izquierda de un río de mísero caudal, un arroyo apenas, sobre la falda de una lomería cenicienta, de ralo monte de churqui, se asienta el pueblo de Chocloca. La entrada al villorrio hay que hacerla forzosamente por una especie de zaguán angosto y empinado -o malos- moradores, de muladar donde se

amontona la basura que unos cerdos flacos van ozando con obstinada porfía.

Se desemboca en la plazoleta del lugar, un cuadrilátero irregular con un seco molle en el centro. En la vereda norte, la iglesia, con el enjalbe lavado por las lluvias y la techumbre derrumbada en el ala derecha. Sepulcral silencio en el contorno. Todas las puertas de calle y de tiendas, cerradas.

El caminante va luego por una larga callejuela abrumada de sol y soledad. Algún raro vecino, al escuchar el inusitado tropel de un caballo, asoma curioso, su faz a la puerta de un tenducho. Luego, al punto, vuelvo esquivo, a ingresar a su morada.

\* \* \*

La vida económica del campesino y aun del aldeano en estas regiones, corresponde al primer estadio de la economía: trueque de productos con prescindencia de la moneda. Cambias maíz o papas, por coca o singani. Con dinero es muy difícil, sino imposible, conseguir del indio estos artículos de urgencia primordial: leche, huevos, legumbres: con coca, sí. Y, se explica: ¿Qué va hacer el indio, en

su miserable *chujlla* extraviada en la serranía, con papel moneda?

Se ha ponderado mucho la sobriedad del indio. Si el indio es sobrio, lo es porque no tiene otro remedio que serlo. Cuando la suerte le brinda la ocasión propicia, el indio come y bebe más que Sancho en las bodas de Camacho.

\* \* \*

Hoy he ido nuevamente a Chocloca, aldea indomestiza distante cinco kilómetros de la “chacra” donde vivo. Cuando entraba al pueblo por el mencionada zaguán, una anciana, alta, magra, con aspecto de gitana mendicante, después de observarme de reojo, con cara de pocos amigos, se aleja osca, arrebujada en sordo rencor; un cerdo menesteroso hozando, desesperado, en el montón del basural maloliente que engalana el ingreso al villorrio. He desmontado en la plazoleta.

Una chola gorda, morena, vestida de negro, está sentada con aldeana quietud, en la puerta de su tenducho.

-Señora - Le he dicho con la más cordial de mis expresiones - ¿me podría vender pan?

-No hay, señor, -me ha contestado con tono lastimero. Hace tiempo que ya no amasamos. Como la harina está ahora tan cara... y si amasamos, como el pan se vende muy poco aquí, se endurece, perdemos la ganancia.

Se explica. Las tres o cuatro familiar del burgo, se la fabrican en la casa. Para los indios, comprar pan, sería un lujo extraordinario. Eso es para los “wiracoches”. Ellos están bien con su mote y su lawa. ¿para qué más?

En la acera oriental de la plazoleta percibo la greguería de unos chiquillos.

- ¿Allí está la escuela? - inquiero.
- Si, -me responde.
- ¿Y el maestro?
- Allí está saliendo.

Lo observo: es petizo, con una joroba respetable, de Cuasimodo, y sale rengueando difícilmente, es cojo.

- ¿Y, qué tal es?
- Vuelvo a interrogar.
- Ay, el pobre: como ya no podía trabajar en la mina de mi compadre don Juan de Dios, felizmente el señor corregidor se lo ha conseguido maistro.
- Ah que bien! Ahora tendrá de qué vivir...

- Sí, vive fiándose de todo el mundo hasta que llegue su sueldo, cada tres o cuatro meses. Pero cuando recibe su sueldito, el pobre anda emborrachándose hasta quedarse sin ni medio. Es un tramposo sinvergüenza: a mí no hay cuándo me pague de tres varas de tocuyo que le fíe para que su querida se haga una camisa, porque la pobre ya estaba andando derramando trapos, hecha una harapienta.

Me despido de la buena señor que no tiene pan, sino solamente coca, *llijta* y trago de chancaca, que por ahora, no los preciso.

Trepo, a la salida de la plazoleta, por un callejón angosto y tomo por la calle principal, que es, también, la única del pueblo. Una calle sumergida en un cósmico silencio que se alarga serpenteando hasta desembocar en los sembradíos de maíz y los alfalfares que subsiguen al villaje. A la derecha de la calleja no se columbra ninguna sensación de vida: todas son ruinas: casas caídas, derruidas unas, dejadas a medio construir otras; las proyectadas puertas y ventanas, se han quedado sin dinteles. A la izquierda, las casuchas que van descendiendo por la loma, se escalonan caprichosamente, al azar de la topografía quebradeña del cerro. Casas destartadas también. Mas, observando

la arquitectura de ellas, no se pueda menos de pensar que en tiempos pasados el pueblo debió de haber sido más habitado, con moradas mejor construidas, de mejor vida. Hasta hay una casa de dos plantas, con un gran balcón saledizo que hoy, abandonado, amenaza desplomarse sobre el descuidado viandante.

\* \* \*

¡Chocloca! ... Quietud de tarde, soledad de aldea. Pueblo terroso, vidas derrotadas. Quien ha vivido tu quietud, tu abandono y tu miseria, ha sentido la más honda emoción de patria, y puede decir: ¡Oh, buena y triste patria: te quiero por eso, porque eres pobre, triste y explotada. Me dueles en mi corazón como un aneurisma, porque ahora, en la aldea terrosa donde unas vidas derrotadas van arrastrando la penosa agonía de su desventura étnica, he compartido contigo, en la carne de mi alma, la carne amarga de tu íntimo dolor!

Vichacla - Nor Chichas, 1937

## La expresión del paisaje en nuestra literatura

**E**n el estudio sobre *La novela nacional*, publicado en *El diario* el primero de enero de 1931, apuntábamos esta observación: “En Bolivia la vida del hombre es mucho más intensa ante los fenómenos de la naturaleza que ante los problemas de la cultura. El hombre siente, a cada rato, el influjo de lo cósmico que lo rodea y cerca por todas partes, y algunas veces lo deleita, pero en la mayoría de los casos lo abrumba, vence y aplasta. Somos un pueblo de montañas muy altas con hombres muy pequeños. De ahí el carácter predominante descriptivo y paisajista de nuestra literatura”.

Es lo que ha confirmado también José Eduardo Guerra en su *Itinerario espiritual*, pues ha sido el paisaje el que le ha servido de método, de hilo conductor, para su estudio de nuestras letras. Estamos de acuerdo con él en cuanto a la interpretación que da de los diversos ambientes bolivianos y los escritores que menta como los que con mayor propiedad o belleza lo hubieran expresado. Sólo que, por deficiencia de formación

bibliográfica, no cita todo lo de bueno que hay al respecto. La presente nota, forzosamente sintética, procurará llenar esos vacíos, pero tampoco caemos en la ilusión de agotar el tema, de suyo vastísimo.

“El paisaje de la altiplanicie boliviana -escribe Guerra- se resiste por su grandiosa simplicidad, a ser transmitido en palabras”. Es verdad. Con su escueta uniformidad, no brinda al artista la riqueza de gamas y detalles pintorescos de otros paisajes ricos de material descriptivo. Mas, precisamente por eso, pone a prueba la capacidad *endopática* del artista. Es un paisaje al cual hay que descubrir su sentido profundo y la repercusión que él tiene en el hombre que lo habita, el indio, como Unamuno lo ha hecho con el paisaje de Castilla, también meseta árida, aunque sin la grandiosidad de nuestra altipampa, orlada por el colosal cinturón cordillerano.

Guerra no menciona más que un paisaje de *Raza de bronce*, la evocación de un atardecer a orillas del Titicaca, con que empieza la novela; un fragmento de *Los antepasados* de Jaimes Freyre y el popular soneto *La llama* de Reynolds.

A más de estos, es oportuno recordar que uno de los mejores, tal vez el que mejor ha descrito el altiplano y la Cordillera Real, desde el punto de vista puramente “objetivo”, es Jaime Mendoza, y el que mejor ha

captado su significación humanística, su trascendencia espiritual, es Franz Tamayo.

Jaime Mendoza es un hombre de un objetivismo admirable. Ve las cosas como son, las describe con una escueta simplicidad de trazo, pero con tal precisión y tan rotundamente, con tal relieve gráfico, que nos las pone como de bulto. A más de que, ocasionalmente, en varios de sus libros, y en artículos sueltos, se ha referido al paisaje andino, incluso en verso, como en su conocido poema *Tiahuanacu* en su menos conocido *Illimánica*. Donde encontramos descripciones subjetivas es en su libro *El macizo boliviano*. Los primeros capítulos de él han sido enviados, para servir a fines de propaganda bolivianista, a *L' Amerique Latine* de París. El resto permanece inédito. Aunque la obra no persigue una finalidad estética, sino socio-geográfica y bolivianista, y por ello consagra sus capítulos a temas que pueden interesar a la inmigración, como son “la riqueza mineral”, “la flora y la fauna”, “el sol”, “el clima y los productos”, “la hidrografía del macizo”, “el petróleo” y, principalmente, “los caminos”, de rato en rato nos deleita con sabrosos trozos descriptivos tan bellamente hechos como los que dedica al paisaje del altiplano (pág. 2), o a la influencia del sol, una pagina magistral, digna del Taine del *Viaje a Italia*.

He aquí un pequeño trozo:

“Pero, es sobre todo la luz del sol, la que más se distingue en su punto. El viajero que por primera vez asciende a estas alturas, se siente deslumbrado. Puede hasta hacerle daño el exceso de luz. Y es que el mismo enrarecimiento de la atmosfera en estas alturas, su sequedad y transparencia, se prestan más fácilmente para conducir y dispersar la luz solar. Los rayos actínicos penetran en las rocas. Fijan en el cristal rápida y definitivamente bellos tonos violáceos. A lo lejos, las serranías brillan también como otros tantos bloques cristalinos bañados en claridad ultravioleta. Y en la cumbres cubiertas de nieves eternas, es tal la gama de colores, al levantarse o ponerse el sol que, seguramente, el alma del viajero, aún la del más flemático sajón, tiene que llegar a la emoción pura que produce la belleza; una belleza que en este caso es casi extrahumana”.

En el mismo libro encontramos los fragmentos de un poema a la llama, donde, tal vez con más propiedad que el mismo Reynolds, ha evocado esta figura que, al decir de Guerra, “es un elemento decorativo” del paisaje andino. Reynolds, en su soneto ya tan popularizado, como que lo aprenden de memoria los escolares, ha visto a la llama con ojos europeos y ha hecho un lindo soneto parnasiano sobre el tema, con tan sereno

objetivismo, como habría podido versificar sobre el caballo, el buey o el camello; no lo ha sentido como algo propio que, indisolublemente, está vinculado a su vida, es parte de su alma, como la siente, seguramente, el *indio llamero*. Claro está que si un “llamero” pudiera cantar en verso a la llama, no lo haría como el autor de *Cofre de psiquis*. Jaime Mendoza, sin el refinamiento, léxico e imaginación de Reynolds, con verso más hondo y hasta prosaico, la celebra, en cambio, con una emoción más próxima a la emoción terrícola del indio.

Así le dice:

“Tú eres el alma, el genio de estos parajes; tú eres su vida y su belleza; y tú eres el recurso y el don más necesario para sus hijos. Tú eres lo que es el dromedario para el beduino errante; tú eres lo que el reno para el lapón. Tú, al indio, como un amigo bueno, le prestas toda ayuda, le das tu compañía, le das tu piel, tus carnes, tus huesos, tu energía. Tú eres sufrida y parca; vives en los más tristes parajes, entre nieves y páramos resistes las más crudas borrascas; rumias el pasto escaso o la paja y las zarzas que encuentras a tu paso, y si no encuentras ni eso; sufres paciente el hambre hasta morir... ¡Oh, llama! ¿de qué dura raigambre te originaste? Tienes bajo tu pelo hermoso y tus gráciles formas la fuerza de un coloso”.

En la valiosa obra de Jaime Mendoza, íntegramente consagrada también -como sólo de Arguedas dice Guerra (pág. 26)-, a la dilucidación de los problemas nacionales, e inspirada exclusivamente en motivos bolivianos, pues el autor de *La tragedia del Chaco* es el escritor que más ha laborado por la cultura patria, se encuentra en cada paso visiones de paisajes, no solamente andinos, sino de toda Bolivia, pues Mendoza es el escritor más boliviano que tenemos en este sentido, y en su *Itinerario Espiritual de Bolivia*, había que haberlo tomado en cuenta menos fugazmente de lo que aparece en el libro de Guerra.

Aparte de que no hay problema nacional del que Mendoza no se hubiera preocupado seriamente, hay que reconocerlo, es el escritor de mayor sentido geográfico con que contamos. Esa es la cualidad caracteriológica que le singulariza.

No hay que olvidar que Blanco Fombona dijo una vez que de sus lecturas de novelas le habían quedado dos sensaciones: una, la de aquellos rusos ebrios que, en *Crimen y castigo*, matan a azotes a un caballo de tiro y otra, la sensación del viento en las llanuras de Llallagua, que da Mendoza en *En las tierras de Potosí*.

Aquellas páginas y ciertos cuadros de género,

como *Canto a Oruro* son de lo mejor que tenemos en nuestra literatura paisajista y humanista

## **El sentimiento de la nostalgia y el ananké de la fugacidad en el alma quechua**

**E**l sentimiento de la nostalgia asume diversidad de matices según los países y su temperamento: ello está expresado en términos propios que lo definen.

Cuando el castellano siente pena de su país es un dolor de contornos concretos: diríamos un sentimiento *viril*. En la poesía propiamente castellana, más épica que lírica, no es el predominante como en otras poesías de la misma península ibérica.

En cambio, el catalán -según lo definió Montoliu- sufre de *eynoranza*, que en castellano hemos traducido en un término más fuerte, añoranza.

Lo típico del alma portuguesa y lo que más tona da a su lírica, es la *saudade*, termino intraducible al castellano, pero que la Academia ha incorporado al acervo de nuestro idioma sin desvirtuarle su acepción característicamente portuguesa. Lo mismo que en la lírica alemana se ha llegado a comprobar que el sentimiento predominante en ella es lo que se llama

*Senhsuch*, cuya traducción literal pero muy imprecisa, sería “ansia, anhelo de luz”, pero que en la lírica germana abarca una tal extensión que significa una complejidad de estado de ánimo y de sentimiento, que revelan, típicamente -para decirlo con la terminología ya oficializada de Spengler-, el siempre insatisfecho anhelo de esclarecer el misterio metafísico del cosmos, el disparo hacia lo infinito del alma fáustica, de la misma manera, pues, que la *Senhsuch* germana expresa, define y singulariza a la lírica de la patria de Goethe, es, para el alma y la poesía portuguesa, el sentimiento de la *saudade*, un sentimiento concreto, indefinido, vagaroso, de un bien perdido.

Y aún tenemos, en el alma de suyo soñadora, melancólica y tierna de Galicia, tan bien y hondamente expresada por Rosalía de Galicia, tan bien y hondamente expresada por Rosalía de Castro, otra variedad de este sentimiento, tan hondo que pude llevar hasta la muerte: es la *morriña*. Dos mujeres, verdaderamente asombrosas, la una por el sentimiento, Rosalía de Castro, en poesía, y la otra por la inteligencia, doña Emilia Pardo Bazán, son la expresión más prístina del alma gallega. Precisamente la casi genial doña Emilia, en una de sus más sentidas obras, ha pintado magistralmente la hondura de aquel sentimiento en su novela *Morriña*. El argumento es

sencillo: se trata de una pobre criada de servir, que constreñida por la miseria que sufre en su pueblo natal, se ve obligada a emigrar y se va, en pos de trabajo, a la capital de España. Pero, una vez en Madrid, comienza a atacarle el mal que es propio de los de su raza y víctima de ese incurable dolor, muere: muere de *morriña*.

Ignoro cuál es el término propio con que en el idioma quechua se expresa ese sentimiento, pero lo cierto es que al analizar el contenido sentimental de su cancionero -unas veces en quechua puro, y otras en coplas indomestizas, es decir en quechua y castellano bastardeado- se nos presenta el bulto con tal evidencia que no es posible dejar de percibir, el sentimiento de la nostalgia en el alma quechua.

Pero aquí no se trata de un sentimiento concreto, definido y preciso como el espíritu castellano, sino de algo también indeterminado, indefinido y vagaroso, que lo aproxima más bien a la *saudade* portuguesa y aún más -por lo que se ha de decir luego- a la *morriña* gallega. Y aún más: cabe advertir esto, que me parece más característico de la tristeza andina, más esencial en ella: la nostalgia india no reside en el espacio, sino en el tiempo. Es la nostalgia trágica de un pasado ya para siempre irreversible.

Decíamos que, por otra parte, la nostalgia del indio se asemeja a la *morriña* gallega, porque ambos sentimientos se originan tanto en el temperamento étnico como obedecen a idénticos factores socioeconómicos: la considerable estadística de la emigración gallega a tierras de América obedece al hecho de que, especialmente al campesino gallego, por la absorción por el latifundio de la pequeña propiedad, el régimen, aún persistente, del feudalismo agrario ocasionó que el trabajador gallego, en su tierra, lleve una existencia tan mísera, que está obligado a emigrar. Cuando el campesino gallego, y no sólo el campesino sino aun los de las clases superiores emigran, no lo hacen porque estén atacados de un dinamismo ambulatorio o amen la aventura como muchos de los conquistadores del siglo XVI, sino, para decirlo con un término casero muy expresivo en este caso, lo hacen por *necesidad*; es la palabra. Y al dejar su patria, sienten tanto dolor como cuando el hijo se desgarró del regazo materno.

Por ellos ha cantado la gran poetisa gallega en su romance *As viudas dos vivas e as viudas dos mortos*, de la cual el prologuista de *La obra poética de Rosalía de Castro*, Augusto Cortina, desnudamente afirma: “un emigrante dice las postreras palabras a todo cuando es suyo, y se va, huyendo de la miseria, de la terrible miseria que

obliga a los hombres a partir, mientras las valientes mujeres quedan solas”<sup>4</sup>.

¡Adios Gloria! ¡Adios Contento!  
 deixo acasa onde naciú,  
 deixo a aldea que conoco,  
 por un mundo que non ví!  
 Deixo amigos por extraños,  
 deixo a veiga pol-o mar,  
 deixo, en fin, canto ben quero  
 ¡quen puidera non deixar!  
 Adiós, Virxe da Asunción,  
 branca com'un serafin,  
 levanos n-o corazón;  
 pedí d'elle a Dios por miu,  
 miña Virxe d' Asunción.  
 Xa s'oyen lonxe, moi lonxe,  
 as campanas d'o pomar;  
 para mim ¡ai!, coitadiño,  
 nunca mais han de tocar.  
 Xa s' oyen lonxe, moi lonxe,  
 as campanas d'o pomar;  
 para min, ¡ai! Coitadiño,  
 nunca mais han de tocar.  
 Xa s'oyen lonxe, mais lonxe...  
 cada balad' é un dolor;

---

4 V. Rosalía de Castro. *Obra Poética*. Espasa-Calpe Argentina, 1942. P. 22.

voume soyo, sin arrimo...  
Miña terra, ¡adios!, ¡adios...!  
¡Adios Tamen queridiña...  
Adios por siempre, quizáis!  
Digoche este adios chorando  
desd'a veiriña d'o mar.  
Non m'olvides, queridiña,  
si morro de soidás...  
Tantas légoas mar adentro...  
¡Miña casiña! ¡meu lar!

¿No es desgarradora esta despedida? Rosalía de Castro fue también, como Santa Teresa y Sor Juana Inés de la Cruz, una inteligencia precoz; a los 12 años ya componía versos. A sus 19 años viajó a Madrid y allí nos dice Augusto Cortina, “se cree que, impulsada por la necesidad, pensó dedicarse al teatro”. Pero no pudo vivir en Castilla: “El clima riguroso, el paisaje árido -nos dice su prologuista- el desdén que suelen sentir en Castilla por los gallegos, la oprimieron del modo más cruel”. “Padeció allí -añade- el dolor de la emigración, terrible azote de Galicia; pudo comprobar, de cerca, la dura servidumbre a que deben someterse sus paisanos; las penosas condiciones en que se los contrata para segar. Entonces compuso aquel formidable anatema:

Castellanos de Castilla:  
tratade ben os gallegos;  
cuando van, van como rosas;  
cando ven, ven como negros.  
¡Castellanos de Castilla,  
tendes carazón d'aceiro,  
alma como as penas dura,  
e sin entrañas o peito!  
nin arbres que che den sombra,  
nin sombra que preste alento...  
Llanura e sempre llanura,  
deserto e sempre deserto...

“Padeció grandemente de soledad -prosigue Cortina- de nostalgia gallega y honda saudade, la *morriña* de los expatriados. ¡Sufrió mucho en Castilla! Esto explicará su rencor”.

“Sintiéndose morir de nostalgia, glosó la canción popular *Airiños airiños, aires*.

Leváime, leváime, airiños  
leváime adonde me esperan  
unha mai que por min chorra,  
un pai que sin min n'alenta,  
un hirmau por quen alma  
e vida prometerá.

Si pronto no me levades,  
¡Ai!, morrerie de tristeza  
soya nunha terra extraña,  
donde extraña m'alomeau,  
donde todo canto mira,  
todo me dice: ¡extramxeira!

Y concluye el romance, con una tierna invocación a su tierra:

Dóces, galleguillos aires,  
quitadoreños de penas,  
encantadores d'as augas,  
amantes d'as arboredas;  
música d'as nosas veigas;  
alegres compañeiríños,  
run-run de todas-as festas,  
leváime n-as rosas alas  
com' una falliña seca.

Análogamente a lo ocurrido con el campesino gallego, ocurre con el indio. Cuando éste emigra, no lo hace por espíritu aventurero o andariego, como es, por ejemplo, entre nosotros, o porque ha sido desposeído de su pequeña propiedad por el latifundista rapaz o porque su situación de colono miserable le hace insoportable la vida. El indio, de suyo sedentario, cuando abandona su tierra, sufre el más grande de los dolores. Y, de

igual manera que la creciente inmigración gallega a la Argentina o Cuba se ha hecho un crítico problema social y económico para España, no menos grave es, para nosotros, la emigración de los indígenas del sur de Bolivia, especialmente de las provincias Nor y Sur Chichas y de los chapacos tarijeños que van a rendir su fuerza de trabajo en los cañavelares del norte argentino de donde vuelven agotados y siempre miserables; ¡si vuelven!

Sólo un poeta tarijeño, que se nos revelara hace cosa de tres años, en dos domingos de *La Razón*, Oscar Gonzáles Alfaro, ha sabido expresar este patetismo de la emigración obligada, en sus bellos sentidos romances escritos en el vernaculismo chapaco. Su obra, desgraciadamente, ha pasado inapercibida por el común de los lectores y su grito de alerta -porque su poesía es un grito de angustia patriótica- menos ha sido escuchado por los poderes públicos, especialmente por el Parlamento, pues éste, al revés, antes de plantear a fondo el problema de la tierra -acaso el más básico de todos nuestros problemas, la ya trisecular lucha entre el latifundista contra el pequeño propietario y el indio comunario; el problema básico de Bolivia, porque en la solución de él se encuentra la redención económica del indio- el Parlamento, repito, todo vez que se ha tratado de este problema, antes de afrontado a fondo,

lo ha desviado echando mano de los recursos de una rábula y de un sofista.

El romance *La tragedia del chapaco*, de Gonzáles Alfaro, que voy a reproducir íntegro, porque es necesario difundirlo, no sólo se aquilata por su valor estético, sino que asume una trascendencia económica y social. Con Gonzáles Alfaro nace una poesía nueva en Bolivia, no exotista y “evasiva” como la de los modernistas, o estrafalaria como la de nuestros *soi-disants* “vanguardistas”, sino una poesía de toda una clase social, precisamente de la clave explotada y de la raza vencida que apenas tuvo voz en el coro lírico de nuestro parnaso. Es ya, lejos de toda moda europea, una poesía boliviana y ojalá que a este género prosigan cultivándolo y dándole más volumen poetas vernaculares como Gonzáles Alfaro, Campero Echazú y Guido Villagómez. La poesía *Porque van diez años que dejé mi tierra*, del autor de *Amancayas* es una joya más que de arte, de sentimiento. Decimos que ya es una *poesía* boliviana, porque ha encontrado sus raíces en la tierra misma, en los decisivos factores económicos y sociales que determinan su insurgencia reivindicatoria en la poesía.

Aquí ya nos encontramos muy alejados de los morbosos *Jardines* de Sade o de la Psiquis que llora a

Prometheo en versos gongorinos: estamos en nuestra tierra. Por eso pisamos fuerte.

Oigamos ahora *La tragedia del chapaco*:

Pedrito querido,  
hermano del alma,  
cuando ya me encuentre  
vas a “dir” al pueblo,  
lejos de la casa,  
donde ‘sta mi Paula,  
a darle en sus mismas  
manos esta carta.  
Yo en ella le digo:  
“paloma del alma:  
desde que te has ido  
lejos de la estancia  
tan sólo la pena  
ronda por la casa...”  
“Tu taita ‘stá enfermo,  
postrau en la cama,  
¡creyo la tiricia  
ya lo tiene a gatas!”  
“Cuando he ido a verlo  
ha dicho entre lágrimas:  
-¡me han quitau mi hija!  
¡Ya no tengo nada!  
¡La han llevado al pueblo

los dueños de casa!...  
(Pa tenerla, ¡ay juna!  
Sólo de criada  
y pa que sus hijos  
hagan de mi Paula  
lo que nadie ha jecho  
y después... ¡botarla!  
¡Malhaya estos viejos  
perros de la trampa!...)  
“La culpa no es tuya  
lo sé prenda amada;  
más bien vos querías  
llevarme sin falta  
a decirle al cura  
que nos ayuntara.”

.....

“Esos mismos viejos  
dueños de la estancia,  
después que me han jecho  
trabajar, ¡Malhaya!,  
Durante diez años  
sin pagarme nada,  
me han sacau a palos  
fuera de la casa...”

“Y por el arriendo  
los viejos sin alma  
me han quitau lo único  
que a mí me quedaba:  
mi caballo moro,  
mi yunta de vacas  
y aquel terrenito  
que yo conservaba  
como único herencia  
del finau mi taita”.  
“Vos “vis” que en mi tierra  
ya no tengo nada,  
por eso, dejando  
la hacienda y la casa,  
pal lau la Argentina  
me alejo mañana”.  
“Esa es nuestra suerte,  
paloma del alma,  
¡Eso lo que a tuito  
nosotros nos pasa!  
¡Yo me voy... pero antes  
dejo por constancia  
que son lo gobiernos  
que no nos amparan;  
y son los patrones  
que roban y engañan,  
quienes nos alejan

a tierras extrañas!”  
-Después se nos niega  
cariño a la Patria-  
“Yo sé, prenda mía,  
lo que allá me aguarda:  
dentraré en una ardiente  
plantación de caña,  
donde, sin descanso  
de ninguna laya,  
quebraré mi vida  
jornada a jornada”.  
“Y cuando ya naide  
me alcance ¡malhaya!  
ni un plato ‘i comida  
por única paga  
volveré a mi tierra  
¡sin servir pa nada!,  
¡trayendo la muerte  
prendida a la espalda!...”  
“después... que me cubra  
la tierra chapaca!...”

## El deber de la inteligencia

**S**iempre hemos abrigado la convicción de que si algún respeto merece la inteligencia es cuando el intelectual, sacrificando a un ideal las granjerías del poder o el aplauso de las muchedumbres, se levanta sobre la ruindad moral de su época para predicar la verdad de sus pensamientos sobre los acontecimientos políticos o las iniquidades del convencionalismo social.

Un intelectual no merece respeto porque lo sea, sino está acompañado por una moralidad intachable. Ya lo dijo Bolívar: “El hombre inteligente sin carácter es un azote”. Es la experiencia americana: contados son los que como Montalvo, Martí o René Moreno prefirieron la oscura pobreza, el exilio o la muerte, con tal de conservar su dignidad moral de pensadores independientes; en cambio ha habido cientos de intelectuales que han asaltado la literatura, el periodismo y el arte como medios de arribismo político o social. De esta corrupción se ha

originado en América la plaga de la demagogia y el apostolismo de los providenciales “salvadores” de la patria, cuya mejor manera de salvarla ha consistido siempre en arruinar el Tesoro Nacional y embrutecer a las masas.

Contra esta universal prostitución proveniente de la politiquería y el intelectualismo seudoredentorista, han surgido en Indoamérica, por vía de reacción, hombres honrados en quienes los males públicos han sido sentidos como “emociones personales” y sin importarles las consecuencias de sus actos, se han atrevido a decir la verdad en pueblos donde ella ha sido tan odiada que, por no llamarla de su nombre, se la ha apodado con los más calumniosos términos.

Por eso, aun Sarmiento no fue sino un loco para los partidarios de Rosas; René Moreno, un “traidor” antipatriota para los enceguecidos bolivianos de su tiempo; Montalvo, un peligroso clerófobo para los oligarcas, Juan Vicente Gonzáles, un hombre “pérfido”.

Ha pasado el tiempo. Hoy son las glorias más puras de América. En medio de la perversión de su época, fueron la conciencia dolorida de la patria.

Para merecer dignamente el título de “intelectual” es necesario asumir las responsabilidades que ello

comporta y, a ejemplo de aquellos héroes de la cultura, atreverse a decir la verdad donde se la encuentre y a señalar al fariseo en el antro de su iniquidad. Sólo así el intelectual dignificará su aptitud y tendrá derecho a reclamar para su actividad los respetos que ahora se niegan a su alta misión de encausador de la energía social.

Entre Cervantes que halagaba a los nobles para obtener de ellos una ofensiva protección y Quevedo que sufrió cárceles y destierros por sus acres verdades, pero que fue temido y odiado por los cortesanos de Felipe IV, preferimos quedarnos con este último:

*“Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,  
que es la lengua la verdad de Dios severo,  
y la lengua de Dios nunca fue muda”.*

Quedan, pues, notificados los que otra cosa esperaban de nosotros, que la enseñanza de aquellos “varones máximos” de América. Hemos puesto siempre por encima de nuestra cabeza y pensamos que para hacer respetar nuestra intelectualidad, lo primero es espaldearla con una pureza y altitud moral de que, en esta tierra de *mitayos*, pocos corazones son capaces y a la que pocas almas llegan.

Los defensores del *altar* y del *trono* dirán que esto no es más que... literatura. Sí, señores: no es más que literatura, pero de la buena. Si vosotros la podéis hacer mejor no dejéis de enseñárnosla.

Potosí, 1928

## Mi homenaje a Miss Tarija

**E**l mejor homenaje que debemos a nuestros semejantes, es el homenaje de la verdad. Es esa la manera que tenemos los hombres sinceros y respetuosos de la dignidad humana de honrar a nuestros prójimos. Eso quiere decir que los consideramos en la misma medida que a nosotros mismos, como a “personas”, y no como a “cosas”. Porque el que nos dice la verdad, aunque amarga, es claro que nos tiene como a dignos de merecerla. En cambio, el que nos adula, nos engaña y hace un mal. Está interesado a explotarnos. Si en el trato humano de persona a persona el que uno le mienta, adule y, por consiguiente, engañe a otro, es inmoral que se haga eso con todo un pueblo, ya es algo mucho más grave, porque las consecuencias repercuten en lo colectivo, malogran los intereses de una región y de la patria misma.

Ahora bien, eso ha sucedido en todos los pueblos de Bolivia, pero en ninguno como en Tarija, durante la guerra. Nadie le ha dicho la verdad, o porque no la

ha observado, o por cobardía, o por mala fe. Al revés, cuanto gacetillero, poetastro y garrapateador pasó por la ciudad se ha creído predestinado a recalentar los ya manidos lugares comunes de la Andalucía boliviana, la belleza de la mujer tarijeña y la hospitalidad hogareña de la tierra de Luis de Fuentes. Antes de la guerra Tarija vivía de la chicha que expendían las buenas caseras. Después de la campaña ha vivido de todos los lugares comunes que la han prodigado los grafómanos irresponsables y los poetas chirles a aquel pueblo que lejos de adormecerse con el sahumero opiáceo que le suministraban aquellos pelafustanes, debería alimentarse con el “tuétano de león de la verdad”, para ser lo que debe ser, un pueblo de hombres, y no de mujeres bonitas.

Copio, para ser más verídico, de unas notas de un Diario que escribí cuando me encontraba en Tarija, lo siguiente: “Esta noche, mientras tertuliaba con R. en la plaza, se me ha ocurrido la idea de que Tarija es un pueblo hembra, mientras que Potosí es un pueblo macho, lo mismo que La Paz, a excepción de los gandules de la calle Comercio. Hay un tal ambiente de “eterno femenino” aquí que mezclado con el olor de los naranjos, es algo que absorbe los sentidos y embota la inteligencia hasta enervar la voluntad. Y, esto, que si individualmente, para los que visitan

Tarija de paso es un regalo de la vida, en cambio, socialmente, o sociológicamente hablando, si el término no es pedante, es lo peor que le puede ocurrir a un pueblo. En primer lugar, es obvio pensar que en una sociedad donde ya sea por una causa u otra, por su belleza, por su abundancia, por su mayor euforia vital o su actividad es la mujer la que predomina y domina, ese pueblo ha de permanecer arreatado a las modalidades propias, a las virtudes pequeñas y comineras del espíritu de a mujer”.

He aquí por qué, hasta ahora, fuera de Arce, que es una antítesis de Tarija, no ha producido más un hombre superior. Las posibilidades que tuvo han sido aplastadas por el ambiente.

Culpa Tarija su atraso al olvido de los gobiernos. Más justo sería que lo impute a sus propios hijos.

Por el propio interés de las mismas mujeres, eso debe variar. Es necesario que ellas sepan la verdad, abran sus ojos, a la realidad de su vida y de su situación. Nada han de remediar con madrigales, si continúan conservando su alma del siglo XV en el siglo XX.

En este sentido, las tropas del ejército y la oficialidad que han venido aquí y han permanecido un tiempo, han hecho una mala obra: se han concretado a enamorar a las mujeres, a galantearlas, a llenarles de fantasía la

frágil mollera, haciéndoles vislumbrar un país donde ellas serán dueñas y señoras. Con eso no han hecho otra cosa sino volverlas unas defraudadas del amor y de la felicidad a semejanza de Emma Bobary que perdió la chaveta de tanto leer novelas románticas. La mujer tarijeña de hoy cree que va a ser redimida de su feudalismo por el amor. ¿Y, qué amor? El amor militar.

¿Quién hay, entre los tarijeños, que piense en estos problemas? ¡Nadie está para perder el tiempo en semejantes... filosofías! ¡Viva la bagatela! Es decir, ¡viva la Andalucía boliviana!

A propósito de la Andalucía. Hace algunos días llegaron de noche unos tenientes cochabambinos, muy pagados con la Andalucía. Pero como aquella noche llovía y no había luz, tuvieron que andar a oscuras. Y para iluminarse un poco, encallar donde Miss San Roque.

No, después de la guerra con Paraguay, la mejor guerra que podrían emprender, estos patriotas heroicos es la guerra contra sí mismos, contra su andalucismo, su aletargamiento y su somnolencia intelectual.

Este es otro gran problema que no obstante su notoriedad, nadie ha tenido la sinceridad de plantear en términos claros: la falta de lucidez en la inteligencia del tarijeño corriente.

Este hecho, que podría reconocer una de sus ejecutorías de abolengo en la chicha, según el Dr. Genaro Villa deriva de una causa física, de la falta de yodo en la atmósfera. Según el mismo facultativo, esa también es la causa para la propagación del bocio. Y, como ya sabemos por los modernos estudios de endocrinología, el bocio es, según el Dr. Marañón, causa de ineptitud mental.

En el pueblo de Luis de Fuentes reina un tal ambiente de zoncera que es una de las cosas más encantadoras del mundo. Por eso es que les ha gustado tanto a los poetas y los colaboradores espontáneos de los diarios metropolitanos. En cuanto ponían los tales el pie en la loma de San Juan ya sentían que dentro de sí les nacía la musa de Pierre Lotí o de Paul Morand. Y se creían obligados de enviar a *El Diario* o *La Razón* el inevitable poema o impresión de viaje del Guadalquivir imprescindiblemente también dedicado “A la señorita X”. Efectos de la atmósfera. No de la zoncera.

El que sí es una víctima expiatoria de ella es el doctor Villa. A veces Dios es injusto. Diríase que toda la inteligencia que el Supremo Hacedor debió haber distribuido equitativamente entre todos los hijos de Luis de Fuentes, se la ha dado sólo a él para que ande tomando el pelo a todo el mundo.

Porque el doctor Villa, que es todo un psiquiatra, mejor que el bisturí maneja la mayéutica.

Pero la inteligencia que Dios le ha dado no ha sido para su bien, sino para su tormento. Porque dado el ambiente, le ha ocurrido a él también lo que de Bouvard y Peuchet nos cuenta Flaubert: “entonces se les desarrolló una facultad lamentable, la de ver la tontería y no poder tolerarla”. Sale, hastiado, de su casa y caminando por la calle aquella donde se encuentra la casa de don Juan Navajas - que es todo un monumento al mal gusto -, la casa, no Navajas - , por lo cual, según Heine decía de los malos poetas, debería merecer por lo menos diez años de presidio - Navajas, no la casa - se dirige el Dr. Villa a la plaza y allí tropieza con algún Trigo o algún Navajas - porque aquella tierra feliz tiene la especialidad de producir “trigo con navajas”, lo que es el colmo de la fecundidad -, y como da de bruces con alguna tontería fundamental, no tiene más que tomarle el pelo. Pero ya se ha hecho de mala sangre.

- Doctor - le dije una vez- , usted es el Sócrates de Tarija.

- Para tal Atenas, tal Sócrates- me respondió al punto.

Por eso, algunos jóvenes que eran a su vez víctimas expiatorias de aquel Sócrates a domicilio, se dijeron:

Bueno, hay que dejar de ser zonzos. Para ello, lo mejor, es salir cuanto antes de aquí. Y se han venido a La Paz. Pero en La Paz ya también se han ido a otro extremo: han resultado demasiado vivos.

- Bueno, se dirá, pero esto no es un homenaje a Miss Tarija. ¿Qué más homenaje que la verdad? Si yo pudiera ser absolutamente sincero, no le haría un soneto ditirámico a ninguna Miss o reina de Belleza. Le diría: - Mire, señorita, no se engañe ni se enfatué con su reinado, porque como dijo el auténtico Sócrates, “la belleza de la mujer es una soberanía que dura poco tiempo”. Y, además estos concursos de belleza actuales, como toda invención yanqui, tienen siempre un repulsivo carácter comercial, es como una exposición de ganado vacuno o lanar en donde se busca, con fines comerciales, los mejores ejemplares para obtener el mejor rendimiento económico. El que a una buena y casera jovencita se la proclame reina de belleza es hacerle un mal, en nuestro económico país, porque ya casi nadie se anima a casarse con ella, ¿Quién ha de ser el guapo que cargue con una Venus de Milo a su casa? Porque se necesita nada menos que tener el valor de un Júpiter para decir: --Oye, Afrodita, alcánzame los calzoncillos. O, lávame esos calcetines. Y Anadiomena conteste malhumorada: - Allá tú con tus cosas. Yo tengo que dar de mamar a la guagua. He ahí la soberanía de la mujer.

## Potosí, germen de nuestra nacionalidad

Cosa sabida, la conquista de América por España se hizo por las minas. La creación de Bolivia como nación, se explica por Potosí. Potosí fue el eje -durante la Colonia- alrededor del cual giró la vida de la Audiencia de Charcas, germen de la nacionalidad. Es un error, en el que incurren nuestros historiadores el sostener que la “fundación de la nacionalidad” se hizo en el año 1825 por la virtud del decreto constitutivo del Mariscal de Ayacucho. La nacionalidad ya existía desde cuando, hacia 1700, Arzanz de Orsúa y Vela recogió su *evoluir* histórico, en los *Anales de Potosí*. Un pueblo con historia es ya una nacionalidad.

La fundación de la Audiencia de Charcas fue la piedra miliaria de la nacionalidad y origen mediato de Bolivia. Pero la creación de la Audiencia de Charcas se explica por la riqueza minera de Potosí. Si no hubiera aparecido ésta, ni Gonzalo Pizarro habría escalado las Sierras de Porco estableciendo en sus soledades su encomienda, ni su hermano Francisco

habría ordenado a Peranzures la fundación de la Villa de La Plata. Sin Potosí, Chuquisaca no hubiera existido históricamente.

Porque, como los conquistadores ibéricos eran unos forajidos frenéticos de sangre y de oro, el Rey se vio forzado a establecer un tribunal de justicia que contuviese sus desmanes y pusiese orden en ese pandemónium de apetitos y pependencias. Este hecho explica la creación de la Audiencia de Charcas. De otra parte no hubiera existido, como ocurrió con Chile, una simple capitanía general. Y, sin la Audiencia de Charcas, tampoco hubiera existido Bolivia. Es decir, sin la riqueza minera de Potosí.

Pero esto ¿ha sido un bien? No: ha sido un mal; un gran mal. La riqueza minera es ilusoria y contraproducente y, sobre todo, inmoral. Es la fuente de las más grandes inmoralidades en todo orden, así en lo individual como en lo colectivo, en los pueblo como en las naciones, porque es nugatoria para toda cultura superior. Cuanto más californiamente ricos han sido los pueblos, tanto peor para ellos: después de una vida de fastuosa opulencia que deslumbra como relámpago, se apaga ese brillo con la misma subitaneidad de un rayo de verano, sin dejar huella de su paso en la historia, porque no han aportado nada al bienestar humano ni contribuido ni un ápice a disminuir el dolor

del hombre, sino, al revés, lo han corrompido más hondamente con el demoniaco maleficio del oro. Eso es lo que ha pasado con Potosí. Si con una panorámica visión de conjunto llegamos a percibir el proceso de su vivir histórico desde su fundación hasta nuestros días, parando mientes en sus avatares más salientes, no podremos llegar a otra conclusión que a reconocer que el fabuloso emporio de riqueza potosina no ha servido para otra cosa que para hacer más infeliz al natural de la región -el indio-, y más inmoral al usufructuario de esa riqueza, el conquistador español.

Lo que ha creado en el pueblo ese espíritu de colonia que le tipifica y le ha dado tan discutible aptitud para ser conquistado y explotado en beneficio ajeno, pero en prejuicio propio y de la nación, porque de su seno no puede surgir una cultura. Y un pueblo sin cultura y sin ideas es siempre un pueblo explotado y esclavizado. Un pueblo que en todo el curso de su historia ha vivido siempre así, sin más idea que la lucha por la riqueza, en la cual hace estribar su valimiento y que la toma, no como medio para los altos fines de la cultura, sino como fin para disfrute de la sensualidad o la satisfacción de la codicia, pero que, ajeno a toda inquietud espiritual para organizar la vida social sobre normas éticas, no persigue el ideal de la justicia sobre el cual se asienta la prosperidad estable y evolutiva de la colectividad,

carece, pues, radicalmente, de todo sentido de dirección política y de espíritu de “civilidad”, en el sentido romano del término “*civis*”, de donde viene civilidad, civismo y, en suma, civilización, y no llega a ser “ciudad” sino, simplemente, una factoría, en donde el desapoderado apetito del oro asume, al decir de Spengler, “esa índole fea, ordinaria e inmetafísica en que el mundo de la cultura se sumerge para dar comienzo a la desnuda lucha por la existencia entre bestias humanas”.

¿Y qué otra cosa sino eso fueron los conquistadores de Potosí? Desde Gonzalo Pizarro, el gorila lúbrico y Francisco Carvajal, “el Demonio de los Andes”, hasta los caballeros hidalgos como el gobernador Hinojosa y don Sebastián de Castilla, que se batían a estocada limpia disputándose sus talegos de rosicler, hasta las guerrillas campales en las calles de Potosí entre vicuñas y vascongados, por la misma razón o por el derecho de explotar al indio en las encomiendas y en la mita, ¿qué sentido de civilidad iban a crear, ni qué norma edificante se puede derivar de semejante tradición? ¿Cuál es la obra de cultura organizada que un pueblo de tal estructura sociológica puede desenvolver para asumir la dirección hegemónica de las regiones aledañas, que si por voluntad de los hombres le pertenecen, le son ajenas por la geografía,

la raza y el espíritu? Lejos de contribuir al progreso de esas regiones, es causa suficiente para imposibilitarles su natural desarrollo. Eso es lo que ha hecho Potosí con sus provincias.

Y, ahora que perdida la fe en las provincias en el falaz señuelo de la riqueza minera, van comprendiendo que son las virtudes agrarias las que crean el bienestar estable, les ha nacido el generoso ímpetu de renunciar al patrimonio que les corresponde en la Montaña de Plata -o la Mole Estupenda que dice el buhonero literario, Jaime Molins- para ser dueñas de su propio destino y reivindicar su derecho a la vida, ¿no tienen derecho a hacerlo?

Ahí está que no, según el razonar doméstico de don Luis Terán Gómez. Este señor acaba de dar el grito de alarma con la insurgencia de las provincias, en uno de los últimos números de *El diario*. Su razonar es de una sensatez tan de sentido común, que linda con la del Dr. Pangloss, el simpático personaje de Voltaire. Lo que quiere decir que se trata de un hombre optimista. ¿Hasta qué punto es respetable su optimismo?

## Gabriel René Moreno

### I

**G**abriel René Moreno, de pura estirpe española, pues era descendiente, en línea directa, del conquistador Ñufflo de Chaves, nació en Santa Cruz de la Sierra, el 7 de noviembre de 1836.

Es imputable a la circunstancia de que Bolivia aún no ha podido, por su situación mediterránea y porque no dispone de grandes medios de publicidad y propaganda, que no haya exaltado el valor de Gabriel René Moreno, difundiendo su obra y evidenciando su personalidad, hasta colocarlo a la altura que le corresponde, como han hecho ya, con sus figuras “representativas”, el resto de las naciones indohispanas, Ecuador con Montalvo, Cuba con Martí, Perú con González Prada, Venezuela con Cecilio Acosta, Chile con Bello y Argentina con Sarmiento. A esta familia de patricios de la mentalidad continental pertenece René Moreno y es digno de figurar a la misma altura de ellos por la proceridad del ser, la valentía del pensar y la galanura del decir.

Moreno, se encuentra a la altura de ellos, pues el autor de *Últimos días coloniales en el Alto Perú* no le va en zaga al autor de *Siete tratados* en donosuras castizas y en el valor civil para decir duras verdades a los pueblos y los poderosos y zaherir, con implacable severidad, las ignominias de sus compatriotas. Tampoco está lejos de los demás en la elevación del pensamiento y en la capacidad de trabajo. En este aspecto, sólo cabe parangonarlo con el mismo don Rufino Cuervo. Como este benedictino de la filología, que se echó sobre los hombros aquella montaña de erudición que es su *Diccionario de construcción y régimen*, Moreno, cargó con la ciclópea tarea de acopiar, catalogar y juzgar en sus numerosos trabajos bibliográficos, cuanto libro, opúsculo, periódico y hasta simple hoja volante salió de las prensas Perú-bolivianas. No satisfecho con eso, que es resguardar el espíritu de un pueblo, su tradición cultural, en los peores tiempos en el que el pretorianismo cuartelario, odiador del libro y del documento, iba sumiendo a la nación en la barbarie, salvó valiosísimos papeles, recogió los Archivos de Mojos y Chiquitos, los clasificó y escribió sobre ellos un admirable estudio.

Como Director de la Biblioteca del Instituto Nacional de Santiago de Chile, durante 40 años, la organizó; se encargó por designio del gobierno chileno, de la

edición de las *Obras completas* de don Andrés Bello y escribió dos nutridos tomos sobre los libros peruanos existentes en aquella biblioteca chilena y continuó acumulando piezas para su *Biblioteca boliviana*, donde llegó a reunir todo lo publicado el respecto, hasta el día de su muerte, en abril de 1908. Esa biblioteca fue adquirida por el gobierno de Bolivia. Hoy se encuentra en Sucre y se constituye como lo mejor que contamos como repositorio cultural.

Conviene advertir, en Moreno no solamente hay que admirar su capacidad de trabajo y disciplina mental. A estas cualidades, propias del espíritu germano, alía la frescura juvenil del ingenio, la luminosa vivacidad del juicio -no se olvide su herencia andaluza- la típica gracia latina en el pensamiento y en el donaire remirado del estilo, virtudes que le favorecen para que pueda sortear, con “primor en la fuerza”, la forzosa aridez de aquel género de estudios que en otras manos -como en el bibliógrafo chileno José Toribio Medina-, nos abruman por su sequedad y dureza y en Moreno se leen con el deleite de una novela francesa o un ágil ensayo renano.

Los títulos de sus obras, como *Archivos de Mojos y Chiquitos o Biblioteca boliviana*, engañan al lector desprevenido. Cree éste que se trata de libros de una grisosidad catalográfica. Tan luego como da en leerlos,

va sorprendiendo a cada momento, aquí una jugosa apostilla bibliográfica, allá un finísimo rasgo de ironía, un clarividente atisbo de psicología individual o social o una aguileña mirada sociológica y la excursión que pensaba iba a ser por el yerno inhóspito, se convierte en el soleado pasear por la floresta verdecida y las tentaculares azuladas lontananzas con blancura de cumbre andina en el fondo. Tal en aquellos virgilianos paisajes que nos brinda en *Archivos de Mojos y Chiquitos*, cuando, con un mago pincel miguelangelesco, traza, con amplios brochazos, el edénico panorama de las tierras mojeñas o, cuando en la biografía de su paisano y amigo, el sugestivo naturalista Nicomedes Antelo, evoca la patriarcal vida de Santa Cruz de su tiempo o aquella pagina magistral, cuando en *Informaciones verbales sobre los sucesos de Chuquisaca en 1809*, pinta de una manera tan viva el sonriente y luminoso panorama de Sucre, la “Ciudad Blanca”: “Allí estaba todavía -nos dice- la señora de las provincias alto-peruanas, la docta capital de los Charcas, postrada al pie de sus dos cerros de aspecto singular, como la anciana que implora de las esfinges del destino, un oráculo favorable a su descendencia. Brillan al sol las azoteas vidriadas del esbelto grupo arquitectónico de San Felipe Nery. La soberbia torre bermeja del Colegio Azul, enjalbegada ahora, persiste en empinarse al nivel de aquel gran campanario metropolitano llamado eternamente a

coro. Los obeliscos del rey, las bóvedas y torrecillas monásticas, las macizas cúpulas y otras fábricas descollantes de la piedad castellana, despliegan sus formas bizantinas; mientras que techos, frontispicios, arquivadas y balaustradas asoman como surgimiento en el oleaje rojizo del denso caserío, que entre riveras de lomas áridas desciende hasta el Prado, obra postrera de los ediles que aquí no dejaron sucesores”. Dígase si esta no es una prosa marmórea, digna de los mejores estilistas americanos como Martí o Cecilio Acosta. Don Nicolás Ortiz, sólo le encontraba semejante, entre los prosadores castizos, próceres del idioma, en don Juan Valera. Es preciso llegar, empero, hasta la generación del 98 en España, para encontrar páginas de tan depurada belleza, en Azorín o Valle Inclán, como la del Moreno paisajista.

Ha sido una desventaja para la difusión de este escritor de raza, que llevado por su inefable modestia, -él decía que no era historiador, ni sociólogo, ni menos literario, sino simple bibliógrafo, “papelista”, “simple acarreador de materiales” -que hubiese dado a sus libros ese aspecto de “catálogo”, pues en Moreno, a más del bibliógrafo- el más científico de los bibliógrafos americanos a juicio de Max Grillo-, hay un crítico literario, un historiador y, sobre todo, un estilista. Como Taine, Moreno es un hombre de

ciencia tan sometido al rigor del “documento” y del “método positivo”, que no afirma nada si no es, como él dice, “al respaldo del documento”, pero, como Taine también, posee el sentimiento estético de la historia, disfruta de una lozana imaginación reproductora, lo que le permite reconstruir las épocas pretéritas, animándolas con el color y la vida propios de ella. Tal en *Últimos días coloniales*. En esta obra estudia el estado social y la formación de ideas en la Chuquisaca de 1807 y 1808, precursores del estallido revolucionario del 25 de mayo de 1809, con que se inicia la guerra por la emancipación del Alto Perú. Analiza los factores mesológicos y étnicos y el momento histórico, describe la estructuración de las diversas clases sociales, su colonial jerarquización en gremios, y pinta, sirviéndose de lo que Taine llamaba “los pequeños hechos significativos”, el señorial urbanismo de la ciudad togada, el chismorreo de los estrados cortesanos, los trampantojos y zangamangas de alguaciles y procuradores, el moscardoneo de la vida universitaria, la solemnidad del ritual religioso y la insultante soberbia de los oidores junto a la humildad clara y descalza del Arzobispo San Alberto, hasta que llegan los momentos propicios de la revolución, “los últimos días coloniales”, cuando en Chuquisaca son conocidos los acontecimientos de la metrópoli, las pretensiones de la princesa Carlota de

Braganza y llega el brigadier Goyeneche con las “tres casacas” de su triple misión y estalla “la disputa del cojín”, puntillo de honor que picando la vanidad del Oidor Ussós y Mozzi, desinteligencia a la Audiencia con su Presidente Pizarro, todo ello “pequeñas causas” que los inquietos “patricianos” aprovechan para precipitar el gran efecto de la revolución por la independencia. Todo esto evoca Moreno sobre la base de la más circunspecta documentación, pero aliviando el cuadro con una admirable riqueza de color, una escultórica plasticidad y un certero tacto fisionómico.

Es, por eso, aplicable a él mismo, esto que el gran polígrafo dijo de su paisano Antelo: “Esto de ver sino contornos gráficos, de no percibir sino fases que se pintan solas, de delatar sorpresivamente el meollo que se oculta entre confusas y difusas apariencias, no es como algunos quisieran un privilegio del artista plástico, que también suele ser una prerrogativa, de quien está dotado de intuición científica. Su suelo nativo y la índole de sus estudios en el nativo suelo, infundieron y desarrollaron temprano, en el espíritu de Antelo, el *‘sentimiento expresivo de la naturaleza’*.”

Este “sentimiento expresivo de la naturaleza”, la vivacidad del ingenio y hasta ¿por qué no decirlo?, la mordaz socarronería queveduna de su temperamento,

fueron partes eficacísimas para que sus estudios, de yermal erudición, cobraran la gracilidad atrayente de una amena lectura. Y, de la misma manera que sus coterráneas, aquellas garridas andaluzas criollas, saben con gracia de canéforas, llenar el cántaro colmado hasta el borde, luciéndolo inhiesto encima de la cabeza, sin perder el garbo de la prestancia y el cimbreño donaire del andar, don Gabriel René Moreno, supo llevar con aérea ligereza, el gran peso de la bibliografía americana.

## II

Aunque Moreno no emprendió el estudio completo de la historia de Bolivia, para lo que estaba capacitado como el que más, con sus estudios ha dejado las bases para elevar sobre ellos el edificio de la historia boliviana y es sobre la obra del polígrafo cruceño que Arguedas está construyendo su historia monumental del proceso de la nacionalidad.

En este simple bosquejo informativo, no podemos ni referirnos siquiera a su ideología. Para exponer “el meollo” de su pensamiento necesitaríamos extendernos a lo largo de un nutrido volumen.

Y, aún más, tendríamos que considerar la personalidad misma del autor con relación a su patria.

El caso de René Moreno en Bolivia es antitético. Es un contrasentido que no tendría explicación, si no fuera porque, en realidad, ni espiritual, ni mental, ni étnicamente, don Gabriel René Moreno es boliviano, sino español. Por eso, resulta entre nosotros, hombres de mentalidad y espíritu mestizos, un mirlo blanco, una cosa exótica. Representa la desesperación de España agonizando en el paisaje indígena de América. Es “el conquistador” vencido por “el ayllu”, según la concepción de Waldo Frank. De aquí la tragedia del pobre, y grande, y colérico Gabriel René. Semejante tipo de español clásico, con todo el decir castizo de la mejor Castilla, el estoicismo senequista y el sentido del humor del más puntilloso hidalgo, no pudo haber nacido en otra parte que en Santa Cruz de la Sierra, donde lo ibérico puro ha pervivido atado a un anacrónico colonialismo. De ahí ha provenido este doble dolor para nosotros y para Moreno: ni éste llegó a comprender, íntegramente, a su patria, no su patria le comprendió tampoco. Ni alcanza a comprenderle, plenamente, hasta ahora.

Moreno asume desde su oficina de la Biblioteca de Santiago, el papel de censor de la plebeya politiquería altoperuana y de juez de nuestra mentalidad y conducta, y así en sus juicios históricos como literarios, tanto al valorar hombres como hechos, es de

una severidad rayana en la observación y la crueldad, es un hombre que vive echando rayos y centellas contra sus compatriotas y angustiado de ver que en su patria se va hundiendo cada vez más en el *caos étnico* y perdiendo su estilo clásico de vivir, cuando el resto de las naciones hispanoamericanas van encaminándose por el sendero de la luz de la cultura occidental y caucásica: en Moreno encontramos inteligencia, trabajo, severidad, pero no se encuentra aquello que Shakespeare llamaba “la leche de los dioses”, la piedad, la humana comprensión de faltas que no son imputables a nadie, sino a las fatalidades cósmicas, a la historia y la geografía.

Su patria tampoco tuvo piedad de él. No comprendió su tragedia. La tragedia del español puro, de alma de conquistador, de encomendero y de gran señor, que juzgaba con la moral calderoniana del honor y la frialdad inquisitorial de un asceta intelectual.

Por ello, muy poco se puede encontrar en su vasta obra, con virtualidad porvenirista. Se esforzó por salvar en Bolivia la tradición cultural de España. El pasado, en suma. No avisó el futuro para vislumbrar lo que, dadas sus virtualidades, le esperaba a Bolivia. Fue un acusador del presente, no un constructor del porvenir. No tuvo la fe del apóstol que predica el evangelio de una vida nueva, sino el anatema furibundo del profeta

hebraico que azota con un haz fulgurante de verdades implacables la corrupción de la ramera babilónica. Es nuestro Isaías, pero no el Mesías que esperan aún estas míseras muchedumbres de indios irredentos, multiseccularmente esclavizados.

Su labor, empero, nos ha sido muy provechosa y su ejemplo es edificante: él nos ha enseñado, o enseñará cuando se lo conozca mejor, el culto flaubertiano del estilo, la rigurosa disciplina mental, la consagración absoluta al estudio y el trabajo, la viril, insobornable y señera libertad de pensamiento y la fidelidad a la propia verdad “llevada hasta el sacrificio”.

En síntesis, Moreno ofrece en Bolivia el caso extraordinario del “escritor puro”. Tuvo tal fe, tal convicción, tal confianza en el poder y el valor de la pluma, que no buscó jamás otra actividad más para su rica personalidad. Confiaba en que con ella podía hacer más, educar, civilizar y moralizar, que a ese culto permaneció fiel durante toda su vida. Mientras el resto de sus contemporáneos y de los hombres de hoy mismo, empiezan de literatos para acabar en políticos, Moreno, en cambio, como Flaubert, no creía más que en el arte. A él consagró su existencia. Y, ahora, no hay quien le dispute la primacía de su rango del primer escritor boliviano. Este señorío, este dominio, en el campo que eligió vocacionalmente,

le permitió enfocar nuestros problemas y juzgarnos desde tal altura y con tal independencia de juicio, que nadie ha alcanzado en su patria. Como no fue un político, ni tuvo ninguna ambición de medro personal o compromiso de partido, pudo avaluar, objetivamente, el ajetreo político nacional con aquella independencia de criterio que Descartes, en su *Discurso del método*, recomienda para llegar a la verdad. Fue un hombre de letras en Bolivia: escritor en un pueblo sin lectores, con masas analfabetas y élites semiletradas, más peligrosas que aquéllas. Y esa fue su tragedia. Y ese es su triunfo.

Porque mientras que el resto de sus contemporáneos, que disfrutaron de las granjerías del poder y brillaron como astros de primera magnitud en el escenario de su patria, hoy se van ofuscando como estrellas que se apagan, la figura de este modesto “papelista” va comenzando a lucir en el horizonte intelectual de América como escintilan los astros con luz propia, tanto más bellos y radiantes cuanto de más cerca se los contempla.

Cuando la obra y la vida de este escritor sean conocidas como lo son las de Montalvo o Sarmiento, se le colocará junto a esos próceres del patriciado mental de América.

Porque este hombre de letras lo fue también de ciencia y de conciencia. Y supo elevarse a la grandehombría del zaratústrico destino: *Di tu verdad y rómpete*.

## Bolivia vista desde el oriente

**B**olivia es un inmenso desierto espiritual, un congelado páramo del alma donde no acierta a enverdecer siquiera yerbita de bien y de belleza. Todo se marchita. Los mejores anhelos, las más nobles esperanzas, si de algo constructivo se trata, fracasan. ¿Por qué? Todos tenemos fuerzas para destruir; nadie para crear. El sentido mismo de nuestra vida es derrotista, anulador de valores, con inclinación a la ruina y el aniquilamiento: hay un *nihilismo* propiamente boliviano, indígena.

En ninguna parte la labor del escritor, del hombre de ideas e inquietudes, es más ardua que entre nosotros. Y a la larga cae vencida por incapacidad del ambiente. “Escribir en España-decía Fígaro- es llorar”. Escribir en Bolivia es matarse.

Ningún escritor boliviano ha obtenido el fin con un libro que se escribe: penetrar en la conciencia del pueblo, despertarlo a la vida de la conciencia vigilante, a una más clara comprensión de la vida. Es que no se lee. Y, si alguien lee, no comprende. Y si comprende,

comprende mal. El amor a la cultura apenas está despertando. Es necesario crear el respeto por el libro, el gusto por la lectura, creadores o negativos para la cultura de los pueblos. Es que se trata de escritores de mentalidad educada en las normas mecánicas del cientifismo del siglo XIX, -comtianos, tainianos y spencerianos-. Creen que el culmen científico está en la fidelidad el dato objetivo o al documento. Mas, no extraen de ello más substancia que una estrecha inducción o deducción objetivas. El autor del libro que comento, enfervorecido por la nueva filosofía intuitiva y creacionista de la post-guerra mundial que ha ampliado de modo tan grandioso el horizonte intelectual, llenando de un sentido cósmico, ecuménico y trascendental hasta los fenómenos más desposeídos, al parecer, de aquel sentido, como la invención que establece *Spengler* del alma faústica con la invención y uso del reloj por los occidentales, exige, para ser bien comprendido, lectores que se encuentren al tanto de estas nuevas ideas y sean capaces de respirar en la misma atmósfera de altura que es el clima espiritual del escritor.

Y, esto, en Bolivia, donde se habla de Proust con la misma desenvoltura con la que se manejaría a cualquier Blasco Ibáñez y se conoce a Spengler y Keyserling por los reportajes de *La Nación* de Buenos

Aires, es pedir mucho. Eso, tratándose de los jóvenes, que los de la generación anterior, ya no pueden salir de su Taine y su *Renán*. Eso, los hombres de estudio, entre los viejos. Que los demás... esos no han leído nada, ni el Catecismo del *Padre Astete*.

Ha de sorprender que en este libro sobre el Acre, el autor conceda mayor importancia no a los hechos grandes, aparatosos y relumbrantes, sino los a menudo menospreciados por el vulgo, pero que para el observador agudo, esconden en su pequeñez, mayor significado. Tal, cuando frente a un perro canijo y senescente, piensa a nuestra moral afeminada tan opuesta a la viril nietzscheana, o, como cuando, en Cachuela Esperanza observa a unos niños que están apedreando a una vaca hambrienta y piensa en el “espíritu destructivo”, odiador de la naturaleza de aquellos niños. Espíritu de destrucción que mañana se convertirá en una fuerza negativa para el porvenir de la propia comarca. Aquellos hombres tendrán el alma pronta para destruir, ningún espíritu para crear. Ese hecho, que para un observador superficial habría carecido de significado, le sirve al autor para llegar a enseñadoras conclusiones sobre psicología colectiva, -el sentido negativo y ferozmente individualista de la vida nacional- por una parte, y, por otra, para constatar que en lo económico, cuanto a utilización de la riqueza

nacional, ella se pierde en el país porque a éste le falta hasta una rudimentaria organización institucional; que se vive, en suma, en plena incultura.

“Habrá tanta más cultura- afirma Guillermo Ostwal -cuantas menos fuerzas materiales y espirituales queden desaprovechadas”. A estar con esta exacta definición de la cultura, de Bolivia no hay más que pensar que es uno de los países más incultos de la Tierra. ¿Cuántas fuerzas materiales y espirituales dejan de aprovecharse en la nación? Este mismo libro sobre el Acre lo comprueba: la riqueza natural fabulosa de aquellas paradisíacas tierras no es utilizada ni en su milésima parte.

Este procedimiento de relacionar diferentes aspectos de la vida de los hombres o de los pueblos, así como el hecho de valorar otros que no estamos acostumbrados a tomarlos en cuenta, -tal la forma de la vivienda, el color y ornamentación de los trajes, las comidas típicas como el “majao” cruceño, etc.- ha de desorientar a muchos lectores especialmente a los que se han quedado en la sociología mecanicista del siglo pasado.

*Las maravillosas tierras del Acre* es un libro rico de atisbos agudos henchidos de gérmenes. En él se agitan, con febril ansia suscitadora de inquietudes, los más serios problemas de Bolivia, singularmente los de raza,

población, emigración; la creciente *brasileñización* del Oriente; los de viabilidad y demografía; en suma, los problemas de la cultura de nuestro tiempo, avizorados no desde un punto de vista estrechamente nacional, sino ecuménicamente americano y mundial.

Para Tórrez López el problema esencial tanto de Bolivia como de Perú y otras naciones de Indoamérica, como el mismo Brasil y Ecuador, no es el problema geográfico, como se cree, sino, sobre todo, el étnico. Si Bolivia resulta un país tan retardado en su progreso, en comparación con el ritmo cada vez más cinemático con que marcha la “civilización”, ello obedece a que las razas aborígenes, -pesos muertos para la cultura, elementos anquilosados en una ancestralidad estática- asumen para Bolivia la agudeza de un problema de extraordinaria gravedad. Bolivia es una nación con abismáticos antagonismos geoétnicos y la más heterogénea sociabilidad. Mientras un escaso elemento blancoide europeizado, es capaz de sentir y vivir con el espíritu de la época, en cambio, la enorme mayoría terrícola, vive con un retardo de milenios al tiempo actual: este es el problema de los problemas que aún no se ha visto en su tremenda realidad.

Todos estos aspectos y muchos otros, como la ponderación justiciera de los explotadores y civilizadores de la selva como Vaca Díez, Agustín

Palacios, Orthon, Heath y otros -cuya formidable labor se conoce, menos avalora- así como los relacionados con la industria, el comercio, la demografía, etc., avaloran *Las maravillosas tierras del Acre*. Libro dinámico y vitalista, rico de sanos jugos de la selva, pleno de naturaleza y eufórico de vida, no solamente alcanza la virtud de incorporar a la conciencia nacional aquel rico y hermoso territorio, del que tan vagas noticias se tiene, sino que también trae a la meditación de los estudiosos la vibración clamorosa de los problemas cardinales de la nacionalidad. A través de sus páginas, no es difícil constatar que en ellas late en generoso espíritu rico de potencia intelectual. Pero no de una potencia intelectual puramente especulativa, kantianamente luminosa y fría, sino caldeada de un panteístico humanismo que se desborda en efusiones emotivas. Es que el autor, conquistado por la belleza de aquella *terra incógnita*, y por el dolor de la vida, ha llegado de tal modo a amarla, que al escribir sobre ella, lo hace con una mentalidad universalista, pero sintiéndola con un corazón boliviano. Es ya una constatada adquisición de la psicología estética que el artista, a tiempo de crear una obra, la primera condición que requiere, para henchirla de vida, es transfigurarse en el motivo de ella, como cuando Goethe se suicidó espiritualmente en Werther o Flaubert sentía las náuseas del arsénico cuando se envenena *Emma Bobary*. Tórrez López al

escribir sobre las “maravillosas tierras del Acre”, lo ha hecho no como un simple turista que recoge impresiones pintorescas, sino como un acreano para quien es cuestión de vida o muerte el porvenir feliz o negativo de aquella región. De otra manera no habría logrado dar la consistencia medular y la cordialidad emocionada que su libro presenta.

Esta labor creadoramente bolivianista tendrán que reconocerle hasta aquellos que, incapaces de salir de la caverna egocentrista donde espiritualmente habitan, han combatido al escritor argentino calumniándole tan altoperuanamente. Si esta obra no obtiene, de pronto, el éxito que merece: estoy seguro que, en el porvenir se le hará justicia, como hoy estamos comenzando a hacerle a Gabriel René Moreno. Se trata de uno de los más bellos y sugestivos libros que la espléndida naturaleza del oriente boliviano ha producido a través de una vibrante sensibilidad americana.

La Paz, 1931.

## Cultura y ambiente

**H**ay una lucha por la cultura, como hay una lucha por la vida. La lucha por la cultura debiera ser pacífica, constructiva, armónica. Una lucha cuya arma sea el amor<sup>5</sup>.

---

5 Estos artículos que hoy me parecen tan ingenuos, tan “simples”, y que me veo obligado a reproducir aquí por no quebrantar la unidad ideológica o estructura primitiva de este mi libro, fueron escritos en Potosí, allá por el año de 1922, cuando alcancé el linde de los 20 años de edad. Sólo la buena intención los salva. Por el contexto se ve que aquí no tomaba la palabra “cultura” en su sentido propiamente filosófico, en el sentido que viene dándosele desde Nietzsche y su célebre *Transmutación de todos los valores* y ha sido llevado a la Filosofía de la Historia por Spengler en *La decadencia de occidente*. Es extensa la bibliografía que hoy existe sobre el “problema de la cultura”, desde los libros de Nietzsche hasta las actuales doctrinas de Spengler, Keyserling y Max Scheler (véase *El saber y la cultura*, de este último). El insigne filósofo Rodolfo Eucken, en su fundamental estudio *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*, que es a modo de un Diccionario Filosófico de los términos más usados hoy en Filosofía y precisa el sentido, la historia y la evolución que sufren estos términos en el correr de los tiempos, dice en un acápite de su extenso estudio sobre *Cultura. Historia de la palabra y el concepto: Kultur*, sin ninguna adición, se encuentra por primera vez en Herder; sin duda el nuevo uso aparece aquí en plena fluctuación, pero afirma ya bastante para suministrar una expresión concisa. Al lado de *Kultur* subsiste mucho tiempo aún, hasta Goethe, *Geisteskultur* (cultura del espíritu), pero *Kultur* sin más, toma poco a poco el ascendiente. Luego el concepto sigue una doble dirección que corresponde a las dos principales corrientes existentes en el idealismo alemán: la corriente artística y la corriente ética. En los poetas y en los humanistas predomina la primera dirección; el arte y la ciencia en su unión con la literatura aparecen aquí como los firmes sostenes de la cultura, como la señal distintiva de un estado de cultura. Por el contrario, Kant, y aun más Fichte, hacen de la libertad el alma

---

de la cultura y le dan así un carácter eminentemente moral. Kant define la cultura en estos términos: “La cultura es la producción para un ser razonable de la aptitud en general (por consiguiente en su libertad) para realizar los fines que le placen”. (Cf. *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo* por Rodolfo Eucken.- Madrid.- Daniel Horro, Editor.- 1912.- Cap: *Los problemas de la vida humana* 1. Cultura, pag. 295 y sgts.)

Max Scheler, en *El saber y la cultura*, escribe: “El que pretende formar su propia educación cultural o la de otro -en cuanto es ello posible desde fuera- ha menester de una clara visión sobre tres ciclos de problemas: 1º ¿Cuál es la esencia de la ‘cultura’? 2º ¿Cómo se produce la cultura? y 3º ¿Qué especies y formas del saber y del conocer condicionan y determinan el proceso mediante el cual el hombre se convierte en un ser ‘culto’?”

Y responde: “Si atendemos primero a la cultura, cultura amini, como a un ideal, como a algo cumplido y logrado -no a su proceso- la cultura es, en primer término, una forma, una figura, un ritmo individual, peculiar en cada caso. Dentro de los límites propios a esa peculiar forma, y con arreglo a sus medidas, prodúcense las libres actividades espirituales de una persona, y también -dirigidas y gobernadas por estas- todas las manifestaciones automáticas de la vida psico-física (expresión y ademanes, elocución y silencio), es decir, todo el modo de conducirse y manifestarse de esta persona. “Cultura es, pues, una categoría del ser, no del saber o del sentir”. Luego de otros acápites dice: “A esta primera determinación de la esencia de la cultura, partiendo de la idea del microcosmos, debe añadirse esta otra: Cultura es humanización, es el proceso que nos hace hombres -visto desde la naturaleza infrahumana-; pero, a la vez, este mismo proceso un intento de progresiva ‘autoidentificación’, visto desde la imponente realidad que existe y actúa por encima del hombre y de todas las cosas finitas”. (Cf. Max Scheler, *El saber y la cultura*, Revista de Occidente.- Madrid.- 1926).

Keyserling nos proporciona una definición, más clara, una acertada síntesis del asunto que tratamos; “en primer lugar, -se pregunta- ¿Qué significa cultura? Propiamente entendida, ni más ni menos que la forma de la vida como inmediata expresión del espíritu” (Cf. Conde de Keyserling. *El mundo que nace*. Revista de Occidente.- Madrid.- 1926. Cap. 1 “El camino hacia la cultura del porvenir”, pag. 25 y sgts.).

En cambio, en el gran químico alemán, y también filósofo, Guillermo Ostwal, encontramos otra definición, que es diversa del idealismo, ya sea estético o ético, de los citados, sino de un sentido “materialista”, pero que también satisface por su expresión sintética y, aun más, por su ‘realismo’ y su valor pragmático. Dice Ostwal: “Habrà cultura en un pueblo cuanto menos fuerzas espirituales y materiales queden desaprovechadas”. Según esto, Bolivia vendría a resultar uno de los pueblos más incultos de la tierra. ¿Cuántas fuerzas, qué cantidad considerable de energías espirituales y, más aún, materiales son aprovechadas en Bolivia ...? Pasemos. El tema es complejo.

Se me ha de excusar, creo, la extensión de estas citas. Dado el abuso que se hace

No ha sucedido así en América. Abundan los casos en los que entre culturizadores y neófitos se han producido divorcios irreconciliables. El culturizador, en abierta pugna con el ambiente, pretende forzarle a que realice lo que él sueña. Así, don Jun Moltalvo: quiso con los latigazos de sus *Catilinarias* despertar al paquidermo teológico que era el Ecuador de su tiempo.

No han faltado, empero, casos de civilizadores constructivos, según los ambientes. Así, don Andrés Bello en Chile. En esa labor silenciosa, fecunda de la cátedra, Bello creó el porvenir promisorio de Chile.

Como Bello en Chile, Sarmiento y Alberdi en Argentina, José Enrique Varona en Cuba, Hostos en Santo Domingo y Chile, Justo Sierra en Méjico, González Prada en el Perú.

En Bolivia, un hombre antitético al medio y a la época, luchó por operar el milagro de convertirnos de pueblo díscolo y absurdo que éramos, -y somos aún- en disciplinados y laboriosos: Linares. *El Dictador* fracasó. Queda un bello gesto: el ceño adusto, la mirada de acero. Gabriel René Moreno, un inactual en su patria,

---

de esta palabra, hoy de moda, era necesario precisar su sentido. Además, era también de rigor puntualizar que, en estos artículos, empleo la palabra “cultura” en el “sentido estético” (según Eucken); es decir, más propiamente, como “cultura literaria”.

Nota de 1944.

hoy va siendo “descubierto”: como el que más laboró por la creación de nuestra cultura; su obra es metal de primera ley que sólo ahora va comenzando a ser beneficiado.

Pero, ¿cuál es la lucha por la cultura?

Es, siempre, la lucha entre *dos sensibilidades*: pasadista, conservadora de la tradición y misonéista de una; revolucionaria, transformadora de valores, porvenirista, la otra. Esto observamos “aún” entre nosotros, -en el *colonial ambiente* de Potosí- hay una minoría que aspira a un porvenir renovado, y la masa que presenta una resistencia de piedra a los juveniles ímpetus revolucionarios.

Empero, cuando en virtud de la ineludible ley evolutiva, la minoría de hoy llegue, mañana, a ser mayoría, se habrá creado “otro ambiente” favorable a los ideales por los que la minoría de hoy combate. El ambiente influye sobre el hombre; pero el hombre, a su vez, modifica los ambientes en el sentido de sus necesidades, de su dinámica y de sus ideales.

El deber de la juventud es laborar porque Bolivia despierte a la vida de la cultura.

## Formación de ambiente

**E**s frecuente entre nosotros escuchar esta queja: “Aquí no se hace esto ‘por falta de ambiente’”. Se funda un periódico, se inicia una empresa, se inaugura una institución, y la empresa fracasa. ¿Por qué? Por falta de ambiente. ¿Son razonables estas lamentaciones? ¿El ambiente es, realmente, causa determinante que obstaculiza toda iniciativa? ¿O, al revés, como opina Eugenio D’Ors, el recurso del “ambiente” esconde una inmoralidad, es un recurso al que se apela para escudar detrás de él, la propia incapacidad, la propia inepticia?

D’Ors tiene razón en determinados casos: en un profesional que ignora su oficio y fracasa, en un comerciante inexperto o, como en la mayoría de los casos, en el que quiere invadir el mercado ajeno o se mete a lo que no sabe, ni puede, etc. Mas, en tesis general, “el ambiente” es un poderoso factor “determinante”. Hipólito Taine -el sistematizador filosófico de la teoría del ambiente, con miramiento a lo artístico (*Filosofía del arte*), y lo que dice del arte

es extensivo a los demás órdenes de la cultura o superestructura social, es cierto, Taine afirma: “Hay una *dirección reinante*” que es la del siglo; los talentos que quisieran crecer en otro sentido, encuentran cerrada la salida; la presión del espíritu público y de las costumbres cercanas lo comprime o los desvía imponiéndoles un florecimiento determinado”.

En Indoamérica, el hombre que ha asimilado la riqueza de la cultura occidental, tiene que chocar y vérselas con el filisteísmo que le rodea y desplegar todas sus energías para desbarbarizar la barbarocracia que lo cerca y abruma. Como no “hay ambiente” para “la cultura” tiene que pugnar por crearlo o, por lo menos, prepararlo para los que vengan después. El desnivel entre el intelectual y su medio es abismático. De ahí, el divorcio. Y, de ahí, la lucha.

A más de eso, la lucha se empeña entre dos sensibilidades: la vieja que está de acuerdo con lo anquilosado “de su tiempo”, y, la nueva, que lo rechaza, que suspira “por nuevos tiempos”. El hombre de sensibilidad superior a su tiempo, labora por la creación de nuevas formas de vida, esforzándose por derrumbar los valores -ya caducos en otros ambientes más adelantados, pero imperantes aún en su ambiente nacional, en su época.

Mas, de esta lucha, necesariamente tiene que originarse un progreso. Los que poseyendo una sensibilidad más fina preparan, por su inconformidad con el presente, la renovación del porvenir.

“Sólo es capaz de hacer algo mejor -sentencia Nietzsche- el que dice esto no está bueno”.

Potosí, 1922.

## Tradición y renovación

**E**l ambiente se va formando lentamente a través del tiempo. Para lo que aquí nos interesa -la cultura literaria- ¿qué ambiente se ha formado en Potosí?

Preguntemos a la Historia.

La colonia. ¿Qué tradición de cultura nos ha dejado?

En la esfera del pensamiento, los conquistadores españoles trajeron poco a Potosí. En otros aspectos, -que sólo ahora se los está “redescubriendo” y “valorizando”, la arquitectura y la pintura, especialmente, se puede hablar, sí, de “una tradición de cultura”, pero en lo intelectual, queda muy poco, o, más propiamente, aquel periodo no se lo ha estudiado aún, está por explorar. Hay, empero un monumento *Los anales de la Villa Imperial de Potosí* por Arsánz de Orsúa y Vela que, también, está inexplorado aún, inexplorado. En el siguiente comentario, nos referiremos a la importancia de este libro.

Descontando la tradición colonial, de ninguna influencia en el primer siglo de la República, veamos

lo que hay en ésta. Por lo pronto, preciso es tener en cuenta que el balbuciente movimiento cultural de los primeros años de la República, tiene por sede principal a Chuquisaca. No es de extrañar que en Potosí no encontremos una huella resaltante de actividad intelectual. Las mismas personalidades de rango cultural de las que hoy se enorgullece Potosí, actuaron más en la capital intelectual de Bolivia, Sucre. Linares, Frías, Campero, se educaron fuera; Cortés, Bustillo, Quijano, actuaron -casi siempre- en otros centros más propicios.

En lo que mira a un movimiento propiamente potosino, no contamos con otra tradición respetable sino con la generación que va de 1850 a 1900, más o menos. Figuran en ella don Modesto Omiste, José David Berríos, Daniel Campos, Luis Felipe Manzano, Demetrio Calvimonte, Wenceslao Alba, Pedro B. Calderón, Pedro H. Vargas. Algunos más<sup>6</sup>

---

6 El autor no conocía entonces la personalidad de don Eduardo Subieta, potosino también. Mas, él, no ha actuado en su tierra natal, donde no quedan casi recuerdos suyos, sino en la Argentina, especialmente en Tucumán y Salta, y, posteriormente, en Sucre. Más sugestiva aún es la figura de don Pablo Subieta, tan injustificadamente desconocido, y olvidado, tanto en su ciudad natal, Potosí, como, más aún, en el resto de la República. Fue un tipo *oscar-wildeano* porque, en verdad, al igual del autor de *El retrato de Dorian Grey*, pudo también don Pablo Subieta, haber dicho “que puso todo su genio en su vida y sólo su talento en su obra”. De una inteligencia brillante; de una memoria prodigiosa; se sabe de él que cuando rendía un examen de competencia a la cátedra de Literatura, los dejó realmente deslumbrados a los del tribunal examinador, como un Menéndez y Pelayo criollo; de un agudísimo ingenio picaresco, con lo cual solía salvar de sus más

Es este un periodo de brillo para la cultura de Potosí. Esos hombres intervinieron con rango directivo en la política nacional y constituían un fulgente núcleo de inteligencias. Se publicó, entonces, la *Monografía del departamento de Potosí*, -la primera en su género en el país-, Omiste recogió, afanado y laborioso, en

---

difíciles situaciones económicas; su anecdotario en este sentido es sabrosísimo; pero bohemio, indisciplinado y cyranesco, en su aventurado vivir, derrochó su talento en alegres tertulias de amigos, por las redacciones de los periódicos, en sus anónimos artículos periodísticos, pero no llegó a cuajar su talento en una serena obra de madurez. De él no quedan sino unos cuantos trabajos que piadosa y diligentemente recogió su bondadoso amigo, el bueno de don Tomás O'Connor D'Arlach (este volumen, hoy rarísimo, lleva esta designación, pero yo no lo conozco sino por la data bibliográfica "23 artículos literarios de Pablo Subieta", precedidos de una introducción de Tomás O'Connor D'Arlach. Tarija, 1887.)

Juzgándole por algunos trabajos suyos, como aquella su mentada prosa *El fondo de la copa*, se aprecia ahí los quilates de su talento; es un prosista condensado, sustancioso, sin la hojarasca romántica y empalagosa de los escritores de su tiempo, sino, más bien, con ese "fondo" noble de amargura en cubierta por una aérea capa de la sonriente amargura que hay, por ejemplo, en ciertos poemas de Baudelaire.

Además, su caso es extraordinariamente interesante, porque viene a resultar "un símbolo" de un fenómeno típicamente potosino, del hombre de talento que encontrando hostil el terruño para las expansiones de la idealidad del arte y de las letras, se expatría, va a rendir en tierras extrañas los espléndidos frutos de su ingenio, que su tierra natal no supo, o no pudo, o no quiso utilizar. Voluntariamente exiliado don Pablo Subieta por muchos años en Buenos Aires, donde escribió en el periódico *La Tribuna Nacional*, fundado y dirigido por el poeta Olegario Andrade, en 1884 regresó a Bolivia y en Tarija publicó el periódico *El Pilcomayo*. Sostuvo en dicho diario la candidatura presidencial de don Gregorio Pacheco. Cuando se encontraba engolfado en el agitado vivir del periodismo polémico, falleció en la ciudad del Guadalquivir el mismo año.

Como repito, su figura es muy poco conocida. Sólo René Carrasco Bustillo, el inteligente dramaturgo potosino, en Tarija le consagró una emocionada "semblanza"; pero, por falta de datos biográficos, insuficiente para quienes deseamos conocerlo a fondo. Abrigo la esperanza de realizar esa tarea de investigación y de reivindicar su memoria del ofuscamiento que hoy la envuelve como una opaca neblina que oculta la cúspide de una bella montaña.

cinco volúmenes compactos y seriados, las dispersas "Tradiciones" potosinas; se dieron a luz numerosos folletos de índole histórica, de crítica costumbrista, polémica, -todo signo de vitalidad.

Empero, esa tradición áurea, se ha empaldecido por la carencia de la misma energía -nuestra ya típica falla nacional de ausencia de *esprit de suite*- en los continuadores. ¿Quiénes son los que, como era de rigor, reemplazaron a los Omiste, los Berríos, los Campos?

Esa época de esplendor para la historia cultural de Bolivia y singularmente de Potosí, no ha sido estudiada; es muy imperfectamente conocida. Se precisa valorizarla y erigirla en la categoría de heráldico antecedente para todo movimiento intelectual de presente y del porvenir.

Después de esa "generación", aparece otra, la del 1900, visiblemente inferior a la anterior. Celestino López, Adrián Vila Valda, Benjamín Zambrana, los Subieta -Florencio, Luis y Samuel-, Luis Serrudo Vargas, la representan.

Cuando los que hoy constituimos ya "una nueva generación", irrumpimos súbitamente en 1918 como una horda de bárbaros, -por algo nuestra revista representativa se llamó "Gesta Bárbara"-, aparecimos como plantas milagrosamente florecidas en la desolación de un yermo. Nos habíamos formado sin

maestros, sin ambiente propicio. Fuimos, y somos unos improvisados. A nadie reconocimos como un maestro, porque no lo tuvimos: todo lo hicimos instintivamente. Actualmente, aún solidarios dentro de una misma orientación y análoga inquietud cultural, vamos solos a la conquista del porvenir.

Nadie sabe si nuestra pequeña nave arribará a un risueño puerto o será destruida por las implacables olas<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Sobre la generación de 1918, más conocida por la de “La Generación de Gesta Bárbara”, se ha escrito ya algo, pero meramente periodístico, en la República. Día llegará en que habrá de ocuparse de hacer nuestra historia. Aún no estamos llegando, como Arguedas, a escribir nuestras memorias y “hacer danzar las sombras”.

## Nuestra generación

**E**n 1918, unos cuantos mozos desorbitados y tarambanas, -léase “idealistas”, dada la sensatez burguesa del ambiente- fundamos una sociedad tenebrosa, o sea un “cenáculo literario” que se llamaba “Los Noctámbulos”. Nuestro fin era noble y heroico: asesinar a los filisteos. Ejecutarlos sin forma ni figura de juicio, *manu militari*, a base de chistes y *calambures*, especialmente a los del vulgo municipal y espeso. Y, después, reírnos olímpicamente del gazzápiro mundo. Teníamos 20 años.

En nuestras noctambuleadas nocharniegas por “el camino carretero”, allá, por el Ingenio Velarde y el templo de San Benito, en casa de esas plácidas y gratuitas noches de luna, decidimos ...

Decidimos, en fin, lo que deciden siempre los hombres que han tenido la desgracia de nacer con alas, quiero decir, mejor, con plumas: éramos ya plumíferos y mártires. Decidimos, pues, publicar *una revista*. Pero una revista que no fuera como

todas las que en Potosí habían sido, que por el contenido no eran más que unos almanaques con versitos de álbum y por la edición, peor que un asqueroso alegato jurídico. Lo nuestro tenía que ser algo inusitado, fuera de ambiente, algo bárbaro.

Se planteó, en primer lugar, lo esencial; -¿Cómo iba a llamarse nuestra revista? He aquí el conflicto. *Apretatus intellectus*, ¡discurre! Tanto darle vueltas al magín, la cosa no salía. Alguien, picado de aristocratismo, acordándose de su abuela heráldica, propuso: “La Estirpe”. Violentos, interrumpimos: -No, nada de *señoritinguismos*: tiene que ser algo heroico, porque tenemos que luchar contra la bestia policéfala del monstruo colectivo, y algo fuerte, catastrófico, ¡algo bárbaro!

Entonces, uno de los nuestros, el más noctámbulo de todos los noctámbulos, que no sabíamos cómo, pero que providencialmente cayó en Potosí desde Puno del Perú, Juan Cajal<sup>8</sup> discurrió el consorcio feliz: ¡Gesta Bárbara!

---

8 “Juan Cajal”, hoy, Gamaliel Churata. Mucho habrá que escribir sobre su entonces “genial” personalidad y su labor, verdaderamente evangélica en Potosí. Lo cierto es que el gran corazón y gran espíritu que es Churata, más que el bíblico precursor del Mesías, el Gamaliel hebreo, nos resultó el Divino Maestro, porque de los dispersos galileos que éramos, nos conjunciónó y nos enseñó a ser revolucionarios como Cristo y nos infundió el ánimo, nos insufló la audacia para asaltar el mosaico templo de la rutina aldeana, derribar, iconoclasticamente, los “ídolos del foro” y “los ídolos de la tribu” y predicar la buena nueva de la redención estética. Para lo que sí ya no tuvimos fuerzas ni nos propusimos siquiera, fue para redimir a ninguna Magdalena de las greñudas y blandas que aguantaban nuestros versos en los mechinales de la calle Quijarro. Estética elevada; amor y té-con-ti baratos. Juventud, divino tesoro ...

En una noche de junio, precisamente cuando nuestro mundo filisteo se encontraba en una función de gala en el teatro llamado *Skating*, circuló nuestra elegante revista. Contra lo que esperábamos, fue un éxito.

Pocos días después, en el mismo *Skating*, dimos una velada. Nos presentamos como unos 18 mozos, ya bien vestidos, eufóricos, alegres y mataperros. Cada uno se exhibió con lo mejor de su haber: madrigales, sonetos, poemas zarathústricos. Armando Palmero Nava se reveló en el piano con las *Polonesas* de Chopin y sus *Humorescas* de Dvorak y el conspicuo badulaque de Ibieta Bracamonte hizo vibrar el alma criolla del “selecto público”, rasgueando en su noctámbula guitarra sus huayños y kaluyos, y Juan Cajal conmovió, recitando maravillosamente, su poema *Al dolor*. Fue otro éxito.

La sociedad de Potosí tuvo la sensación alborozada de que se encontraba en presencia de una generación brillante y promisor, después de tantos años en que la anterior, que ya caminaba a su ocaso, se había anulado en la inercia vegetativa de la esterilidad intelectual. Potosí esperaba, quería otra generación. Fue, justo es

---

Ya se ha ido... Y sin prometernos, tal vez, un “alba de oro”. Mas en la melancolía del otoño de nuestra gesta lírica, ¡Cuán grato nos es recordar “la alegría de ayer” y gustar, con pura satisfacción, el hesiódico fruto, bien granado, de los pasados “días y trabajos”, en la serena dulzura del atardecer..!

Nota de 1944.

consignarlo aquí, generoso con nosotros. Esperanzada, optimista, nos alentó noble, villaimperialmente.

Todo aquel año, para nosotros, fue arte y vida dionisiaca. Y también para Potosí. Despertamos a una nueva aurora al ambiente.

Desde entonces constituimos “una generación”. La generación de “Gesta Bárbara”. Lo que es la virtud de los higiénicos paseos por las franciscanas tierras del Potosí, y la de haber nacido “con alas en el espíritu”, que decía Juan Cajal.

Nosotros éramos presuntuosos y tontos como Alcibíades, él fue nuestro Sócrates. Nos partió el espíritu: nos puso ardor en las venas y encaminó, sin dársela de maestro, -que ya lo era- sino como camarada bohemio, demasiado bohemio entonces, el lírico rebaño.

Férvidos, lo único que queríamos en este mundo traidor, era hacer versos. Versos tan lindos como las “eglogánimas” y “las eufocardias” de Julio Herrera y Reissig. Nuestro evangelio se llamaba *Los peregrinos de piedra*. Otros andaban del brazo de Juan Ramón... (Nunca hemos incurrido en la torpeza de levantarle el apellido, tan vulgar: ¡Jiménez!). Y por eso nos enamorábamos con la premeditada intensión de que la víctima nos pagase con la más luciferina traición: ese

era un artículo de primera necesidad para nuestros desahogos líricos.

Nuestra generación -1918- con Cajal, fue bohemia, tarambana y petardista. En literatura dimos por inexistente todo el pasado boliviano: no reconocíamos ningún precedente: éramos los Adanes literarios de Bolivia. Y en aquella época inventamos dos cosas muy útiles: el amor y la literatura. Después hemos sabido, por referencias, que esas cosas despreciables, habían estado ya inventadas. Pero no importa: las inventarían en otra parte: nosotros las inventamos en Potosí a 4.140 metros de altura sobre el nivel de la vulgaridad.

Nos creíamos llenos de fuerza, capaces de medirnos con Lugones que por entonces era, para nosotros, el Goliat de la metáfora, y al *Así hablaba Zaratustra*, cualquiera de nosotros hubiera opuesto: “Así contesto yo”.

Socialmente ácratas, abominábamos de la política: esa cosa indecente. La mayor desgracia para nosotros era haber nacido en Bolivia, la cola del mundo. Nuestra actitud era esa: *una actitud de oposición al ambiente*.

Existía en nosotros una nueva sensibilidad. Por eso nos irritábamos de cosas que al resto

del gahnápiro mundo le parecían bien. Éramos pesimistas por patriotismo y patriotas por pesimismo. Paradojalmente patriotas, nuestro patriotismo consistía en hablar mal de la patria, en decir la verdad, como otros hablan bien de ella, pero mienten.

Repudiábamos todo lo boliviano contemporáneo: nosotros queríamos vivir en la Bolivia de nuestros sueños. Queríamos modificar el ambiente, refinarlo, modernizarlo. Este patriotismo tiene su raíz en el egoísmo estético: por eso es desencantado y amargo como el de Flaubert.

Cualquiera que hubiese sido nuestra “forma”, se le dé o no valor a nuestra generación, se la tome o no en cuenta, lo cierto es que constituimos *una generación*, la de 1918, la generación de *Gesta Bárbara*.

Será una generación sin optimismo, sin credulidad y sin dinero, una generación del “pueblo chico”, en fin, pero, es “una generación”.

“*No me podrán quitar el dolorido sentir*”, dice Garcilaso en una de sus églogas sabrosas de agua y de arboleda. A nosotros tampoco: el dolorido sentir es nuestra insofrenable devoción estética y el sentimiento del paisaje potosino que hemos descubierto.

## Con motivo de la muerte de un profesor

**D**olorosamente ha repercutido en todos los sectores de nuestro ambiente social la muerte súbita de Dr. Gregorio Barriga, como no podía ser de menos, ya que se trataba de un hombre íntegramente consagrado al magisterio y cuyas cualidades de competencia y esfuerzo pudieron ser valorizadas a lo largo de 25 años de asiduo trabajo.

Muchas generaciones han sido educadas por él y muchos que hoy ocupan situaciones espectables, o han sido sus discípulos o han sido sus alumnos; mientras que él permaneciendo amarrado a su banco de trabajo, como Prometeo a su roca, veía desde su humilde cátedra el aberrante correr de los días.

La vida del doctor Barriga es un símbolo. No se trata, en el caso presente, simplemente de considerar la miseranda situación a que se ven sujetos los maestros, abrumados por un cúmulo de injusticias. El caso es más doloroso y pone en mayor relieve la situación de Bolivia. Nos referimos al hecho de que el país, por

inepcia, no sabe aprovechar del talento de sus hijos. Por eso decíamos que la vida del Dr. Barriga es un símbolo. Y vamos a explicar por qué.

Cuando el Dr. Barriga se encontraba de estudiante y era compañero de hombres que después han figurado, como Carlos Romero y otros, descollaba tanto por su competencia intelectual, como por su espíritu de disciplina y asiduidad en el trabajo. Sus maestros previeron su triunfo en la vida práctica e intelectual: era uno de aquellos “consagrados de aulas” a quienes se les augura una existencia fecunda en obras y éxitos. Eso era de esperar de aquel alumno predilecto de sus profesores. Pero no pensaron éstos que para triunfar en la vida boliviana, no sólo se necesita tener talento y una conducta ejemplar, sino contar con otras condiciones externas, sin las cuales “el saber no vale”, como reza el proverbio español. Nos consta, por habérselo referido él mismo, que su vocación no le estimulaba al magisterio, no; él se reconocía con aptitudes para la ciencia. Quiso estudiar medicina, mas, como no contó para ello con los recursos económicos de rigor, contrariando su inclinación intelectual, tuvo que desempeñar una cátedra; y, ni siquiera, le dieron la que le habría gustado regentar, Geografía, sino otra con la que no simpatizaba, Gramática. Por seguir alguna carrera, estudió Derecho. Como no se avenía con su

temperamento, lo hizo a la buena de Dios. Y, así, fue pasando el tiempo.

El magisterio, en nuestro país, anula al hombre. Desde el momento en que se dedica a la docencia, debe renunciar a la esperanza. Y pensar “que nunca será nada”. Es decir, que será “maestro, no más”. Es una carrera donde no hay posibilidades de progreso, en ningún orden, ni en el económico, ni en el intelectual, ni en el social, ni en el de nada.

No hay tradición de que dentro de esta “carrera” se ascienda en rango o consideración. Si un maestro es bueno, es lo mismo que ser malo. A ambos se les paga lo mismo; con ambos se comete las mismas injusticias: los políticos, los desprecian; la sociedad, los compadece; los alumnos se le burlan y los padres los censuran porque no obran milagros con sus hijos. Y el maestro tiene que seguir tirando del carro, sujeto a todas las privaciones en lo económico, subalternizado en lo social, ultrajado en lo político y siempre triste y huraño.

Y, cuando después de haber llevado una existencia miserable; al fin revienta un mal día de esos, sólo entonces se acuerda la sociedad de nuestro hombre y, compungida y caritativa, le envía los socorros necesarios para el entierro, último ultraje con que el mundo despidió a estos héroes anónimos de la

cultura, a estos mártires silenciosos de la injusticia humana.

Pero, a más esto, queremos puntualizar este otro hecho, por lo que concretamente nos referimos al Dr. Barriga: era inteligente, estudioso y disciplinado. Con estas cualidades, que no son comunes en los maestros, ¿por qué no salió nunca una honesta medianía? El hecho no puede ser íntegramente imputado a un carácter tímido, reconcentrado y modesto, sino a condiciones externas, sobre todo. El primer factor que interviene es siempre, el económico: cuando uno es pobre, no puede ser lo que quiere; sobre todo, no puede estudiar y consagrarse a aquello para lo que es apto. Tiene que resignarse a lo que venga. Además de eso, se necesita contar con buenas relaciones familiares y sociales. De no ser así, nada vale lo otro.

Y es que Bolivia no sabe utilizar la inteligencia de sus hijos. Pierde un capital social inapreciable. Cuando en una sociedad aparece una generación que cuenta con cinco o diez hombres de talento que, a ser convenientemente educados, rendirán luego a la larga, un brillante resultado, útil para la sociedad; ésta, incomprensiva, les hostiliza, les nulifica y los malogra. La sociedad es la que pierde: carente de valores efectivos, echa mano de los falsos, encumbra a los simuladores y a los audaces. Y de ahí esa

anomalía: mientras el hombre inteligente, honrado y digno, lleva una vida subalterna y oscura, sin influir en nada en el comando directivo de la energía social, éste se halla en manos de los inescrupulosos que creen que la patria es su finca. Así anda ella en manos de estos “triunfadores”.

Una de las cosas más dolorosas es ver lo que uno hubiera podido ser y haber dado y que por azares de la mala suerte o un medio social incapaz, no alcanzó a ser. El Dr. Barriga tuvo aptitudes para haber sobrepasado su lastimosa medianía. Sólo míseras condiciones externas no se lo permitieron.

Compañeros artistas intelectuales, maestros y estudiantes: que la vida del profesor Barriga, nos sirva de enseñanza. Enseñanza para que reaccionemos contra un estado de cosas que no debe prolongarse más; es necesario que nuestras sociedades mestizas y amestizadas comprendan que nosotros representamos lo que hay de más espiritual, de más puro y noble, porque de nosotros emanan las ideas, que son la luz, la luz que alumbra el camino por donde marchan las sociedades.

Se nos debe reconocer y respetar, porque nosotros, por ser pobres, no valemos menos que un judío enriquecido con la explotación de los trabajadores

mineros o un político que triunfa explotando la buena fe de las masas.

Y si la sociedad no nos respeta, entonces hagámosle la guerra y azotemos con el látigo de la verdad la cara de todos los escribas y fariseos. Amemos la verdad y la justicia. Ellas nos darán fuerza para todo.

Potosí, 15 de marzo de 1928